

ABRIL 1969.

# MONTHLY REVIEW

UNA REVISTA SOCIALISTA INDEPENDIENTE  
SELECCIONES EN CASTELLANO

**NIXON Y EL  
REGIMEN**

AÑO VI

**61**

**SUBDESARROLLO Y  
REVOLUCION  
EN AMERICA LATINA**

**RUY MAURO MARINI**

**¿CAPITAL FINANCIERO O CORPORATIVO?**

**JAMES C. CONNOR**



## NOTAS A LOS LECTORES

Las denuncias formuladas por la revista PUNTO FINAL contra el gobierno del señor Frei, a raíz de la premeditada masacre de pobladores en Puerto Montt, han tenido como consecuencia la aplicación de la Ley de Seguridad Interior del Estado en contra de ella, lo que ha significado la requisición de su número 77, la suspensión por un mes de la publicación y la encargatoria de reo de su Director Manuel Cabieses. Todo esto, por supuesto, dentro de las normas de legalidad burguesa que caracterizan a nuestro país.

La revista PUNTO FINAL se edita en la misma imprenta que MR y si bien, por el carácter internacional de nuestra publicación, tenemos distintas esferas de acción, nos sentimos profundamente afectados con lo que le ocurre. Por eso, junto con expresar nuestra protesta por la persecución de que es objeto, hacemos un llamado a los lectores de MR para solidarizar con PUNTO FINAL, para aumentar su difusión en América latina y para emprender una campaña seria y sostenida por la Derogación de la Ley de Seguridad que permite "dentro de la legalidad" perseguir, censurar y suspender a las publicaciones revolucionarias.

A partir de este mes la editorial mexicana NUESTRO TIEMPO se hará cargo de la distribución exclusiva de MR, Selecciones en Castellano, en México y países de Centroamérica. Con este paso, la revista estará circulando en toda América latina, a excepción de Argentina y Paraguay, donde está prohibida y de Ecuador, donde no hay aún distribuidor.

Como NUESTRO TIEMPO tiene los derechos exclusivos para la edición en español del libro de Huberman y Sweezy "EL SO-

(Pasa a la contratapa siguiente)

una revista  
socialista  
independiente  
dirigida por

Paul Sweezy y Leo Huberman  
(1903-1968)

Nº 61                      Año VI  
Abril 1969

# MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

## INDICE

1. *Ideas en torno al sistema norteamericano* ..... 3
2. *¿Capital financiero o capital corporativo?*, por James O'Connor ..... 18
3. *La política revolucionaria nueva en Latinoamérica*, por James Petras ..... 24
4. *Acontecimientos recientes en Latinoamérica*, por James Petras ..... 30
5. *Subdesarrollo y revolución en América latina*, por Ruy Mauro Marini ..... 33
6. *Sobre la juventud y la revolución* ..... 58

## SUSCRIPCIONES

CHILE	EXTERIOR
	Vía Simple
COLABOR. (12 Nos.) . E° 100,—	Anual (12 Nos.) . . . . . US\$ 6,00
	VIA AEREA
Anual (12 Nos.) . . . . . " 45,—	Anual América . . . . . " 10,00
Semestral (6 Nos.) . . . . . " 25,—	Anual Europa, Asia, Africa " 15,00

Monthly Review, publicación mensual de Editorial Prensa Latinoamericana S. A.  
Director: Clodomiro Almeyda M. Representante legal: Carlos Salazar U. Representante para los asuntos editoriales: Ernesto Benado R. Secretaría y redacción: Barros Errázuriz 1942. Correspondencia a: Editorial M. R., Casilla 5437, Santiago, Chile. La secretaría de redacción de la revista atiende de lunes a viernes. El Editor y el Director reciben a los suscriptores, lectores y colaboradores, todos los miércoles, de 19 a 21 horas.



## LECTOR...

Si Ud. está de acuerdo con que estas Selecciones en Castellano de MONTHLY REVIEW, satisfacen una real necesidad, comprenderá que es de suma importancia lograr el máximo posible de nuevos lectores. Es por ello que para continuar con éxito nuestra tarea, nos resulta imprescindible contar con su efectivo apoyo y cooperación.

### UD. ES NUESTRO SUSCRIPTOR, ENTONCES PUEDE

Sugerir a sus amigos y conocidos que se suscriban.  
Hacer una contribución económica.  
Renovar oportunamente su suscripción.

### SI UD. NO SE HA SUSCRITO AUN:

Hágalo a partir del número sexagesimosegundo.  
Recuerde que todo lo que necesitamos es su nombre, dirección y el valor de una suscripción.

### EL PRECIO ES DE:

#### EN CHILE

Un año (12 números) ..... E° 45.—  
Seis meses (6 números) ..... 25.—

#### EXTERIOR

##### Vía Simple

Anual (12 números) ..... US\$ 6.—

##### Vía Aérea

Anual América ..... US\$ 10.—

Anual, Europa, Asia y Africa ..... US\$ 15.—

### DIRIJASE A:

EDITORIAL M. R. — CASILLA 5437 — SANTIAGO

## IDEAS EN TORNO AL SISTEMA NORTEAMERICANO

Un cambio de gobierno provee, por lo general, una serie de elementos de juicio sumamente útiles para comprender la naturaleza y modalidad de funcionamiento del orden social norteamericano, y en este sentido el acceso del régimen de Nixon al poder no constituye excepción.

En primer lugar, las designaciones en el gabinete de Nixon muestran de qué manera el capitalismo monopolista tiende a confiar sus cargos supremos de funcionarios y administradores a hombres cuyo adiestramiento y experiencia principales se han desarrollado ya sea en el control y manejo del capital en sus formas más abstractas, ya en el servicio del sistema como totalidad. En la primera categoría incluimos a banqueros y abogados de corporaciones; en la segunda, a profesores universitarios. El gabinete de Nixon —que incluye entre sus miembros al director de la oficina de presupuesto y a los asistentes presidenciales en los campos de seguridad nacional y asuntos urbanos— comprende a dos abogados de Wall Street, tres banqueros y cuatro profesores, o sea nueve del total de quince. De los seis restantes, cuatro escalaron posiciones como hombres de negocios y sólo dos como políticos. Los cuatro cargos que parecen ser claves en la toma de decisiones —ministro de Justicia y secretarios de Estado, Defensa y Tesoro— son ocupados por dos abogados, un político y un banquero. En conjunto los “generalistas” —en el sentido de que su preocupación principal ha sido el sistema global antes que un interés específico dentro del sistema— parecen llevar cómodamente la delantera. Y ello refleja y a la vez con-



cuerda con la naturaleza de una economía que se ve cada día más dominada por algunos cientos de corporaciones multinacionales gigantes, mucho más interesadas en un gobierno defensor de sus intereses comunes dentro y fuera del país que en un gobierno que favorezca a algunos sectores de la economía o regiones del país a expensas de otros.

En segundo lugar, la composición del gabinete de Nixon revela claramente la artificiosidad de la teoría defendida por C. Wright Mills, \* según la cual existen "dominios" políticos y económicos separados, cada uno con su propia "elite". El mismo hecho de que el sesenta por ciento de los miembros del gabinete tiene antecedentes eminentemente empresariales está en conflicto con la teoría del dominio político separado. Es más: la mayor parte de esta mayoría sustancial cuenta con una extensa experiencia gubernamental previa. El nuevo secretario del Tesoro, presidente del banco más grande de Chicago, se inició como funcionario del Sistema de la Reserva Federal; el nuevo secretario de Estado —un abogado de Wall Street— fue secretario de Justicia con Eisenhower; tres o cuatro hombres de negocios designados para puestos menores del gabinete han sido gobernadores de estados, y así sucesivamente.

Es cierto, desde luego, que hay burocracias corporativas y gubernativas entre las cuales debe existir, *en términos generales*, relativamente poca movilidad, y en este sentido puede hablarse de dominios comerciales y políticos separados. Pero en los niveles supremos los hombres intercambian sus puestos entre los dos dominios con la mayor fluidez, de modo que no puede hablarse de "elites" separadas originarias de cada uno. Muchas, y quizá la mayoría de las posiciones supremas en política corresponden a gente que las ha alcanzado en los negocios. Y la gente que las ha alcanzado en política por lo común tiene abiertas las puertas de muchos cargos lucrativos en los negocios (el propio Nixon es un buen ejemplo: en 1962 abandonó transitoriamente su carrera política para ser socio principal de una de las grandes firmas de

\* *The Power Elite*, Nueva York, 1956.

abogados de Wall Street). Lo que encontramos en la cúspide, en otras palabras, es una pequeña *clase* dirigente cuyos miembros, o bien ocupan ellos mismos los cargos de poder, o bien eligen, y por lo tanto controlan, a quienes han de ocuparlos. Y estos miembros y sus cargos son básicamente intercambiables.

Dentro de la misma cuestión de las elites, hay otro aspecto de la teoría de C. Wright Mills que necesita reconsideración a la luz de la experiencia de los últimos años. En su esquema no hay sólo dos dominios con sus respectivas elites, sino tres: corporativo, político y militar. En la época en que apareció el libro de Mills (1956) no vacilamos en rechazar la idea en cuanto al militar, así como respecto al corporativo y al político. \* En la larga trayectoria histórica norteamericana el principio constitucional del control civil sobre los militares no había sido nunca puesto con éxito en tela de juicio. Lo que significa este principio es que los militares, como la policía, son un instrumento de la clase dirigente y no un centro autónomo de poder: su cometido es hacer lo que se les dice y dejar la elaboración política en manos de los representantes de la burguesía. El enfrentamiento entre el presidente Truman y el general Mac Arthur sobre los límites y objetivos de la guerra de Corea demostraron que el principio del control civil había sobrevivido a la segunda guerra mundial, a los comienzos de la guerra fría y a la guerra coreana. Pero este mismo incidente reveló también una poderosa tendencia dentro del sector militar a afirmarse como centro de decisión política. Y no hay duda de que la masiva consolidación militar de la era Kennedy-Johnson, sumada a la creciente participación de los Estados Unidos en la guerra vietnamita han fortalecido enormemente a los militares. La cuestión reside en saber si este proceso ha llegado tan lejos como para que los militares estén en situación de imponer su voluntad a la conducción civil en asuntos que ellos consideran como de su propia jurisdicción específica. Si la respuesta fuera afirmativa, resultaría que la teoría de Mills so-

\* Véase Paul M. Sweezy, "Power Elite or Ruling Class?", *MR*, septiembre de 1956, esp., pp. 144-146.



bre una elite militar que comparte el poder es válida, a despecho de que aceptemos o rechacemos la idea de las elites separadas en lo corporativo y lo político. Porque no hay duda de que existe lo que puede llamarse un dominio militar en el sentido de Mills, o de que él mismo selecciona y prepara a sus propios dirigentes: escalar posiciones en los negocios o en la política no asegura la admisión en los mandos militares. \*

La composición del gobierno de Nixon no aporta pistas convincentes para responder a esta cuestión. Es por cierto interesante que por primera vez desde su creación inmediatamente después de la segunda guerra mundial, el departamento de Defensa haya sido puesto bajo el mando de un político. Desde el gobierno de Truman, este cargo había sido ocupado por el presidente o titular del directorio de una de las siguientes corporaciones: General Motors, Proctor and Gamble, Morgan Guaranty Trust y Ford. En otros términos, el departamento de Defensa ha estado siempre al mando de un alto ejecutivo de una de las corporaciones más grandes del país, el tipo de persona que presumiblemente puede ejercer con mayor eficacia el control civil sobre los militares. El hecho de que Nixon haya elegido como secretario de Defensa a un político originario de una pequeña aldea del medio oeste con opiniones notoriamente "halconianas" \*\* sugiere la intención de dar mayor control a los militares.

Pero ésta no es la única hipótesis posible. También podría argumentarse que la clase dirigente norteamericana ha decidido poner fin a la guerra de Vietnam, y que esta decisión puede hacerse más digerible a los halcones, así dentro como fuera del Pentágono, si uno de ellos mismos es encargado de la responsabilidad principal de cumplirla y hacer frente a sus consecuen-

\* Es cierto, sin embargo, que hay gran demanda de generales y almirantes retirados para cargos políticos y corporativos de dirección. Esta movilidad de sentido único hacia el escalón supremo de la clase dirigente civil conspira contra la conciencia de los militares acerca de sus propios valores y ambiciones específicas.

\*\* Véase un examen somero de las ideas de Laird sobre la estrategia global norteamericana, en I. F. Stone's Weekly, 30-XII-1968.

cias. \* Esta línea de raciocinio supone, desde luego, que el poder real está totalmente en manos civiles.

Lo que hace tan difícil establecer la verdad en este campo es el hecho de que exista, de todos modos, tan amplio campo de coincidencia entre la conducción de las corporaciones gigantes y la elite militar. Ambas *quieren* una gran máquina militar, pero la primera la *necesita* más aun que la segunda. Esta necesidad se basa en consideraciones tanto internas como internacionales. La defensa del imperio norteamericano, alias el "mundo libre", es literalmente cuestión de vida o muerte para gran número de las corporaciones más grandes: y para la totalidad de la clase dirigente el gasto masivo (y creciente) de recursos del gobierno en la maquinaria militar es la única forma aceptable de utilización del superávit que se ajusta a la escala necesaria para impedir que la economía norteamericana se hunda en un estancamiento y un desempleo masivo del tipo que caracterizó a los años de la Gran Depresión. Se sigue que el mero hecho de que los militares obtienen prácticamente todo aquello que reclaman no prueba en manera alguna que constituyan un centro de poder independiente. La clase dirigente levantó la máquina bélica desde el ínfimo punto en que quedó tras la acelerada desmovilización posterior a la guerra mundial, y lo hizo para servir a sus propios objetivos globales, no para complacer a generales y almirantes. La cuestión de si dentro del proceso los generales y almirantes han adquirido poder real por derecho propio no es, por lo tanto, una cuestión que pueda ser respondida de acuerdo con ningún criterio simplista basado en el tamaño y la tasa de crecimiento de la máquina bélica.

La verdadera prueba puede sobrevenir en torno a la cues-

\* Sobre la retirada francesa de Argelia, Maxime Rodinson comenta: "Como generalmente ocurre, la capitulación ante el nacionalismo argelino, tan amarga para el orgullo nacional y tan dañosa a los intereses de muchos franceses, sólo podía tornarse aceptable realizada por un gobierno derechista, o al menos por uno que no pudiera ser acusado de sacrificar a la nación en aras de alguna ideología universalista. Este fue el rol histórico de Charles de Gaulle ..." Israel and the Arabs, Londres, 1968, p. 137. (Una edición norteamericana del libro de Rodinson ha sido anunciada en Nueva York en estos días).



tión de terminar la guerra de Vietnam. Si, como parece ser opinión general, la clase dirigente está actualmente dispuesta a terminar con lo de Vietnam, es probable que enfrente una tenaz resistencia de parte de los militares, determinados a seguir adelante al precio de una lucha sin fin y aun, posiblemente, de una guerra con China. De este modo podría precipitarse una lucha de poderes, cuyo desenlace demostraría si el tradicional principio norteamericano del control civil sobre lo militar funciona todavía, o no.

Que esto vaya a ocurrir realmente es, empero, otra cuestión. Lo que está en juego no es si la clase dirigente *quiere* terminar la guerra de Vietnam (desde luego que quiere), sino el saber si está hoy dispuesta a terminarla en los únicos términos capaces de llevar la paz a ese país. Tales términos son bien evidentes desde hace mucho para todos aquellos que no están enceguecidos por intereses de clase o ideología: consisten en la completa retirada de todas las fuerzas armadas norteamericanas de Vietnam. Esto, claro está, implica la caída del régimen títere de Saigón y la toma del poder en todo Vietnam del Sur por el Frente de Liberación Nacional (y sus aliados), que ya controla la mayor parte del territorio rural. ¿Qué evidencias existen de que la clase dirigente norteamericana admita esto?

Si existe tal evidencia, francamente la desconocemos. El curso actual de los acontecimientos ha probado que el retiro de Johnson de la carrera por la presidencia y la subsiguiente apertura de negociaciones con Hanoi constituyeron en conjunto un método sumamente eficaz de socavar y desorientar al movimiento antibélico interno. Parece simplemente razonable, por lo tanto, presumir que éste, más bien que la paz, fue el objetivo verdadero. Y desde luego Nixon no va a abandonar una táctica de tan probado suceso: parecería que los norteamericanos, en conjunto, están dispuestos a tolerar, y aun a apoyar la guerra si va acompañada de conversaciones de "paz" suficientemente publicitadas. \*

\* Desde el punto de vista del fortalecimiento del movimiento antibelicista norteamericano, lo mejor que podría ocurrir sería que los vietnameses empacaran

Mientras tanto, todos los pronunciamientos que hemos observado en lo que podría llamarse los círculos "responsables" de la clase dirigente siguen dando por sentado que Vietnam del Sur, con o sin el actual régimen de Saigón, seguirá siendo un estado cliente de los Estados Unidos cuando la guerra haya pasado. Esto puede apreciarse incluso en declaraciones como la muy difundida de McGeorge Bundy, hace un par de meses, que pareció de lo más enfática en cuanto a la imperiosa necesidad de terminar la guerra. La clase dirigente de los Estados Unidos, al parecer, simplemente no ha aprendido la lección de los últimos quince años, a saber, que es imposible establecer una neocolonia viable en Vietnam del Sur.

Lo cual no significa, a buen seguro, que la lección nunca vaya a ser aprendida, o que, aun cuando lo sea, las fuerzas norteamericanas vayan a permanecer para siempre en Vietnam. Pero "nunca" y "para siempre" no son términos muy precisos, y por cierto no descartan un largo período de maniobreo por parte de los Estados Unidos para encontrar el modo de imponer su voluntad a Vietnam. Otra vez estamos siendo bombardeados con historias optimistas, procedentes tanto de Saigón como de Washington, acerca de lo bien que va la guerra, acerca de cuántas aldeas y distritos del sur han sido pacificados, o de cuán rápidamente crece la moral de las tropas de Saigón mientras decae la del FNL, y así sucesivamente *ad nauseam*. Lo que en realidad parece estar ocurriendo es que las fuerzas de los Estados Unidos y el gobierno títere se retiran más y más a las bases fortificadas y a los bastiones urbanos (estos últimos cada vez más infiltrados por cuadros enemigos), mientras la superficie rural en poder del FNL es sometida a crecientes bombardeos con B-52. Si esto es exacto, significa que los Estados Unidos están aceptando en los hechos, sin admitirla, la llamada estrategia de los enclaves que

sus cosas y abandonaran las conversaciones de París, pidiéndoles a los norteamericanos que les hagan saber el momento en que estén dispuestos a negociaciones serias. Que los vietnameses no hagan esto se debe a que tienen objetivos más importantes que fortalecer el movimiento antibelicista de los Estados Unidos, el principal de los cuales es apurar la desintegración de lo que aún queda del régimen de Saigón.



ha sido propiciada en los últimos años por individuos como los generales Gavin y Ridgway, los señores Kennan y Galbraith y los senadores Fulbright y McGovern.

Cuánto tiempo se prolongará esto es algo que nadie puede saber. Presumiblemente pueda prolongarse aun por largo tiempo: ni siquiera Wilfred Burchett, el principal analista y reportero de las victorias vietnamesas en lengua inglesa, afirma en sus escritos del *Guardian* ni en su nuevo libro *Vietnam Will Win!* que los vietnameses estén literalmente en situación de expulsar del país a las fuerzas de los Estados Unidos. Estas saldrán de Vietnam sólo cuando se tome en Washington la decisión de sacarlas. Tampoco puede saberse cuántas presiones —derivadas de nuevas “ofensivas Tet” en Survietnam, de explosiones militares en otras partes del mundo, de la repetición de crisis monetarias internacionales, de nuevas rebeliones urbanas dentro del país, o de un fortalecimiento de la campaña antibélica dentro de los Estados Unidos— serán necesarias para convencer a la clase dirigente de que el esfuerzo de Vietnam no merece realmente la pena. Siempre y cuando llegue el momento, el próximo problema de la clase dirigente puede ser el de persuadir a sus propios militares para que abandonen la empresa.

Si eso sucede, tendremos en todo caso una prueba real de la teoría de que los militares se han convertido en centro autónomo de poder en los Estados Unidos.

Veamos ahora otro aspecto del sistema norteamericano: la estructura interna del poder. En cuestiones de política internacional y militar no hay duda de que todo el poder está en manos del gobierno federal y, dentro del gobierno federal, cada vez más en manos de la rama ejecutiva. (Decimos “cada vez más”, pero podría ser más exacto decir “exclusivamente”: cuesta recordar en los últimos años un caso en que el Senado o el Congreso en conjunto hayan tenido influencia visible en la determinación de las políticas exterior y militar). En punto a las cuestiones internas la situación es diferente y mucho más complicada.

Por lo pronto, debemos tener presente que la estructura

gubernamental de los Estados Unidos traza una neta distinción entre el gobierno federal por un lado, y los gobiernos estatales y locales por el otro. Aunque la distribución de funciones entre los diferentes niveles no puede definirse con precisión, e indudablemente está sujeta a continuas disputas y repetidas decisiones judiciales, cada nivel tiene una vasta área de responsabilidad dentro de la cual hace y desarrolla su política en relativa independencia respecto de los otros. Los peligros inherentes a este sistema son obvios: a menos que los mismos intereses ejerzan el poder en los tres niveles es posible que existan políticas discordantes e incluso contradictorias, que resultan en un serio deterioro del funcionamiento del sistema en su conjunto.

¿Qué es lo que ocurre hoy en los Estados Unidos? ¿Ejercen el poder los mismos intereses en los tres niveles? (Vale la pena advertir al pasar que en la mayoría de los demás países capitalistas avanzados no se plantea este problema porque el gobierno central controla directamente a los gobiernos regionales y locales). En un sentido muy general, sí: los grandes propietarios de bienes o sus representantes ejercen el poder en los tres niveles. Todos ellos están, por consiguiente, interesados en mantener el sistema y en acrecer al máximo el poder y la riqueza de los Estados Unidos con respecto al resto del mundo. Esto explica por qué, en asuntos de política exterior y militar, existe normalmente acuerdo general entre los varios sectores de la clase dirigente: los ricos de las corporaciones que tienen el control del gobierno central defienden sus intereses colectivos con el apoyo entusiasta de sus colegas menores en las distintas regiones y localidades.

Cuando se trata de los gobiernos estatales y locales, empero, las cosas no son tan sencillas. Las oficinas centrales de las corporaciones gigantescas económicamente dominantes están concentradas en Nueva York y algunas otras grandes ciudades, y las actividades políticas de sus líderes máximos están relacionadas primordialmente con los intereses nacionales e internacionales: es habitual que desempeñen escaso o ningún papel en la política estadual y local. Más abajo de la escala corporativa existe una



tremenda dosis de movilidad tanto en los cargos como en las variaciones geográficas. El graduado universitario que entra a trabajar en uno de los gigantes multinacionales tiene la perspectiva de ser trasladado de una sucursal o planta a otra, en el ámbito nacional o en el internacional, no una vez sino muchas veces en el curso de su carrera. De ello resulta que nunca puede asentarse en una comunidad el tiempo suficiente para arraigarse en ella; nunca logra el acercamiento fundamental hacia la gente y los problemas locales sin el cual es imposible ser políticamente eficaz. Desde luego los gigantes pueden ejercer cierta medida de influencia política en los niveles estatales y locales gastando dinero, en algunos casos directamente pero más a menudo a través de sus funcionarios, en apoyo de determinados políticos o maquinarias políticas. Si fueran las únicas fuentes de dinero en gran escala disponibles para estos propósitos podrían sin duda alcanzar el control completo de los gobiernos estatales y locales. Pero éste está lejos de ser el caso. En cada comunidad de cualquier tamaño hay hombres y mujeres ricos, y a menudo muy ricos, cuya primaria fuente de ingreso es la propiedad de bienes situados y controlados directamente en el lugar donde viven —empresas familiares, compañías constructoras, bancos locales y sobre todo bienes raíces. Estas gentes pueden muy bien proporcionarse sus propios políticos y sus propias maquinarias políticas, y desde luego es importante para ellas, por mil y una razones, controlar los gobiernos que están más próximos a su lugar de operaciones. Dado el hecho de que su experiencia y sus contactos locales son tremendamente superiores a los de los propietarios y administradores, ausentes de las corporaciones, no es de sorprender que monopolicen eficazmente el poder en los niveles estatales y locales.

Tenemos por lo tanto una situación en que los gigantes corporativos controlan el gobierno federal, y los intereses creados de base local controlan el estado y los gobiernos locales. A lo largo de la mayor parte del período en que ha funcionado este sistema —es decir, desde el ascenso del Big Business en las úl-

timas décadas del siglo 19—, lo ha hecho con bastante eficacia para los dueños del poder en ambos niveles. Los gigantes, en realidad, han podido dedicarse a la caza de ganancias ofrecidas por los mercados nacionales e internacionales en expansión, sin tener que preocuparse de manejar todo lo que estuviera por debajo de ellos. Pero en los últimos años se han generado conflictos y contradicciones internas que complican en grado sumo la creciente crisis general del capitalismo monopolista norteamericano.

Para comprender esto uno debe recordar algunos de los rasgos prominentes del proceso de acumulación de capital en la actual fase del desarrollo económico norteamericano. La mayor lucratividad de los gigantes corporativos les provee los medios para crecer más rápidamente que los sectores más pequeños y competitivos de la economía (esto es lo que Marx llamaba concentración del capital), y sus ingentes recursos financieros les dan los medios para llevar adelante una serie ininterrumpida de fusiones (la centralización del capital, de Marx). Tecnológicamente, este sector monopolista cada vez más dominante dentro de la economía es sumamente dinámico y posee una fuerte inclinación hacia los métodos de producción cada vez más sofisticados y de capital intensivo. Los grandes monopolios, en su búsqueda de mercados lucrativos, proporcionan a otros sectores de la economía dispositivos mecánicos, electrónicos, químicos, etc., avanzados y sofisticados, los cuales a su vez revolucionan los métodos de producción de estos sectores. De este modo, por ejemplo, la agricultura norteamericana ha sido rápidamente mecanizada (y “quimicalizada”) y el trabajo manual del tipo de “cavar zanjas” ha sido virtualmente eliminado de la industria de la construcción.

Estas orientaciones y tendencias, junto con los desarrollos afines en otros campos como el transporte y la comunicación, han tenido profundo efecto sobre la ubicación de la actividad económica, la naturaleza del proceso de trabajo y la composición de la fuerza laboral. Algunos centros de producción —particular-



mente en el sur, suroeste y lejano oeste— se han expandido. El campo se despobló drásticamente a medida que los trabajadores agrícolas desplazados emigraban en masa a las ciudades. Dentro de las áreas metropolitanas la población se ha desplazado gradualmente de los centros de cada ciudad a una periferia cada vez más amplia, quedando los grupos de menores ingresos confinados en áreas de tugurios precarios que también tienden a expandirse hacia afuera con el aumento de la población y el crecimiento del área metropolitana. Los habitantes de estas áreas a su vez componen un lumpen proletariado hereditario al que se van sumando en medida creciente los desplazados por el avance de la economía de alto nivel tecnológico: emigrados del campo y elementos que no tienen ni pueden encontrar ocupación en el ámbito tecnológico de los sectores industriales y de servicios. Si sumamos la circunstancia histórica de que una gran proporción del estrato de menores ingresos de los centros urbanos está formada por negros confinados en ghettos (a escala nacional), portorriqueños y mexicano-norteamericanos (en ciertas regiones), y de que son éstos los sectores de la población norteamericana que se sienten despertados y estimulados a la acción por la revolución antimperialista mundial del siglo 20. Si sumamos todo esto tenemos los ingredientes de las dos grandes crisis intervincladas que según la opinión general están amenazando fracturar la estructura misma de la sociedad norteamericana: la crisis de las ciudades y la crisis de las relaciones raciales.

Desde un punto de vista estrictamente económico estos acontecimientos dramáticos preocupan poco a los gigantes corporativos. Estos no han padecido en medida sensible los problemas y tribulaciones de las ciudades: las ganancias corporativas una vez deducidos los impuestos se elevaron de 26.700 millones de dólares en 1960 a 48.100 millones en 1967, con un aumento promedio anual del 10 por ciento. Las corporaciones multinacionales han extendido sus tentáculos alrededor del mundo en una medida sin precedente histórico. Y por lo demás, las grandes corporaciones no operan en los tugurios (la mayoría de sus ejecu-

tivos probablemente jamás han visto uno), ni necesitan el tipo de mano de obra no especializada y barata que se ofrece allí. La verdad es que para las corporaciones que operan en los niveles nacional e internacional, los problemas de las pauperizadas ciudades del interior carecen de relevancia económica.

En lo político, empero, no puede decirse lo mismo. Cualquier cosa que amenace trastornar todo el orden social, como incuestionablemente ocurre con las crisis urbana y racial, es en gran medida motivo de preocupación para los gigantes corporativos y para la clase dirigente nacional que ellos alimentan: ambos necesitan un medio ambiente de paz civil y estabilidad para llevar a cabo sus actividades económicas lucrativas. Pero la cuestión es: ¿qué pueden hacer para asegurar y proteger un medio semejante? Y aquí tropezamos otra vez con lo que a esta altura ha llegado a definirse como una contradicción mayor del sistema norteamericano.

Las grandes corporaciones y la clase dirigente nacional no controlan los gobiernos estatales y locales.\* La mayor parte de lo que sería necesario para lograr serias mejoras en las ciudades y morigerar el conflicto racial y la rebeldía reinante en ellas tendría que ser hecho a nivel metropolitano. Aquellos propietarios que controlan realmente los gobiernos estatales y locales, a diferencia de las grandes corporaciones, tienen un enorme interés en la existencia de los ghettos (como mercados, como bienes raíces de alto rendimiento, como fuentes de mano de obra barata para ocupaciones marginales y de servicio doméstico, etc.), y no tienen en absoluto la intención de sacrificar estos que para ellos son intereses vitales en bien de la creación de un medio favorable a las operaciones de las grandes corporaciones y de la clase dirigente nacional. Lo que está en juego aquí ha sido cla-

\* El ingreso en la política estatal de hombres como el gobernador Nelson Rockefeller de Nueva York y su hermano el gobernador Winthrop Rockefeller de Arkansas, puede indicar que la clase dirigente nacional está tratando de tomar posiciones en los niveles inferiores. La eficacia de esta estrategia es, sin embargo, dudosa. Incluso un gobernador o intendente puede muy poco en contra de los intereses creados que controlan las legislaturas estatales, los concejos municipales y las burocracias estatales y locales.



ramente descrito por Hans Blumenfield, uno de los mejores expertos del mundo en el campo de la planificación urbana. En un artículo titulado "The Modern Metropolis" (*Scientific American*, septiembre de 1965), Blumenfield extrae la siguiente conclusión:

Todo plan que aspire a controlar el crecimiento de la metrópoli más bien que dejarlo librado al juego de las fuerzas del mercado requerirá el establecimiento de nuevas formas de control. Porque inevitablemente entraña transferencia de valor de un sector de tierra a otro, cualquier tipo de planificación está condenado a entrar en conflicto con los intereses creados de los propietarios de la tierra y de las municipalidades. Es obvio, por lo tanto, que la implantación de un plan racional de ámbito regional requeriría: 1) la creación de un gobierno metropolitano global para la metrópoli; 2) la propiedad pública de la totalidad o la mayor parte de la tierra que ha de desarrollarse; 3) ingresos impositivos suficientes para permitir al gobierno metropolitano adquirir la tierra y llevar a cabo los trabajos públicos requeridos por su desarrollo, y 4) una política nacional de vivienda que elimine la segregación dando a la población de todos los niveles de ingreso libertad para elegir la ubicación de sus domicilios.

En términos de la práctica política norteamericana actual, estas son medidas radicales. Cada una de ellas, sin embargo, ha sido llevada a cabo en grados variables por más de una nación europea dentro del marco del capitalismo democrático.

La razón de que las naciones capitalistas europeas hayan logrado realizar tales programas es simplemente que sus clases dirigentes, que son responsables de sus sistemas nacionales en conjunto, controlan los gobiernos regionales y locales. La clase dirigente norteamericana, por el otro lado, está constreñida dentro de una estructura gubernamental que confiere el poder sobre los niveles regionales y locales a intereses particulares ajenos a toda responsabilidad por el sistema en su conjunto.

En estas circunstancias el desarrollo urbano seguirá siendo

gobernado por las fuerzas del mercado y generando conflictos —el que actualmente se plantea sobre el sistema educacional de la ciudad de Nueva York es un buen ejemplo— que, desde el punto de vista del capitalismo monopolista norteamericano como sistema nacional e internacional de realizar ganancias y acumular capital, son totalmente irracionales y destructivos.

La clase dirigente nacional es evidentemente muy reacia a abordar frontalmente este problema, por temor de que cualquier ataque global a los intereses creados locales (políticos y económicos) genere conflictos aun más destructivos y riesgosos. Por ello prefiere contemporar, tratando de sobornar y adular a los dueños del poder local mediante dispositivos tales como los departamentos federales de asuntos urbanos y de transporte, las Fundaciones Ford, los institutos universitarios de planificación urbana y demás. Los resultados, como debería ya ser obvio a esta altura, han sido y seguirán siendo mínimos.

Tarde o temprano parece inevitable que deberán ensayarse medidas más drásticas: el problema en cuestión no puede sino ir empeorando paulatinamente. Pero cuáles serán esas medidas, es imposible preverlo ahora.

(12 de enero de 1969)



## ¿CAPITAL FINANCIERO O CAPITAL CORPORATIVO?

por JAMES O'CONNOR \*

De acuerdo a Baran y Sweezy, las sociedades anónimas más grandes han ganado cada vez una mayor independencia respecto a los banqueros y accionistas mayoritarios, orientando su política en forma creciente a sus propios intereses en vez de subordinarse a intereses de grupo. Por supuesto no sostenemos que los intereses de grupo han desaparecido o no tienen ya importancia en la economía de Estados Unidos. Sostenemos que su importancia está disminuyendo rápidamente y que un modelo apropiado de la economía ya no necesita tomarlos en cuenta (*Monopoly Capital*, pág. 18).

Baran y Sweezy son, por tanto, los mejores sostenedores de la tesis que la sociedad anónima es la unidad clave en la toma de decisiones del capitalismo monopolista, debido principalmente a su habilidad para financiar internamente una participación creciente de nuevas inversiones, inversiones de modernización, etc. En suma, el capital corporativo ha reemplazado al capital financiero como forma dominante de capital a tal grado que el "capital financiero" equivale al control bancario de la industria, o a la dependencia de la industria del capital bancario.

Algunos economistas marxistas en Estados Unidos y en Gran Bretaña, principalmente Victor Perlo (*The Empire of High Finance*) y Sam Aarnovitch (*The Ruling Class*), siguen sosteniendo la posición leninista clásica. Hay cierta evidencia, superficialmente fuerte, pero débil en la realidad, que apoya sus puntos de vista. Por ejemplo, revisando los datos sobre las obligaciones externas de sociedades anónimas no financieras, Lintner "queda impresionado por la extraordinaria estabilidad de los patrones generales de financiamiento usados". ("The Financing of Corporations", Ed-

\* El autor es profesor de economía en San José State College.

wards S. Mason, ed., *The Corporation in Modern Society*, pág. 177). Citando a Shapiro y Mendelson "la deuda total de todas las sociedades anónimas no financieras en proporción al total de activos ha crecido lentamente de un 29% en 1941 a 41% en 1955". (*A Decade of Corporate Investment, 1946-1955*, pág. 133). Finalmente muchos estudios demuestran que intermediarios financieros, primero y principalmente compañías de seguros, tienen una participación cada vez mayor de bonos corporativos y que los fondos de pensiones que no pertenecen a compañías de seguros tienen una creciente participación en valores corporativos.

En el hecho, sin embargo, estas tendencias no establecen las fuentes de control real sobre el capital corporativo. En primer lugar, está el argumento de que no siendo industriales los principales dueños y gerentes de compañías de seguros, fondos de pensiones, etc., no podrían tomar importantes decisiones industriales. En segundo lugar, como sugieren Baran y Sweezy, la conducta de los altos gerentes de sociedades anónimas gigantes no financieras está, en el hecho, estructuralmente determinada, es decir, depende de la posición específica de mercado de la firma oligopolista. Una corroboración de este argumento es que incluso si "los de afuera" tuvieran éxito en establecer control, la inversión, producción, precios y otras decisiones importantes, no cambiarían radicalmente. Finalmente, los propios teóricos del capital financiero aparecen ocasionalmente como no teniendo claridad sobre el problema. Por ejemplo, Aarnovitch describe el combinado químico ICI, como uno de los "principales grupos del Capital Financiero Británico".

Creo que esta división dentro del campo marxista se debe a la ausencia de una teoría sistemática del capital financiero como tal. Está claro que el capital corporativo integra al capital comercial, industrial y financiero. En forma creciente, todas las formas que toma el capital —fuerza de trabajo común, fuerza de trabajo técnico-administrativa, dinero, productos, etc.— están bajo el control directo o indirecto de la sociedad anónima gigante. Pero no ha habido investigaciones teóricas sistemáticas sobre la toma



de decisiones del "capitalista corporativo", quien sistemáticamente combina y sintetiza los motivos del comerciante, del industrial y del banquero. Como ha escrito recientemente un economista burgués importante: "Queda en claro que las políticas financieras de las empresas industriales deberían concordar con su conducta industrial, pero exactamente cómo, está todavía sin resolverse" (Edwin Kuh, *Capital Stock Growth: A Micro Econometric Approach*, pág. 16).

Dobb ha hecho una sugerencia: "No es la esencia del pensamiento de Lenin", escribe, "el creciente dominio de *influencias y motivaciones* financieras sobre la industria; lo que puede, seguramente, producirse a través de grandes combinados industriales que se convierten en virtuales compañías financieras al estilo alemán clásico, en que banqueros inversores financian la industria y mantienen sobre ella un interés de control...". ("Some Problems Under Discussion", *Marxism Today*, marzo 1967, pág. 88, itálicas agregadas).

Dobb se refiere aparentemente a la tendencia de algunas grandes sociedades anónimas industriales, por si mismas o combinadas, a establecer compañías financieras que se especializan en créditos al consumidor, hipotecas sobre bienes raíces, inversiones y préstamos en el exterior y otros. El control creciente de las sociedades anónimas industriales sobre bancos comerciales demuestra también la creciente interpenetración de la industria y las finanzas.

La deducción, sin embargo, no es necesariamente que las compañías industriales están cada vez más dominadas por "influencias y motivaciones financieras". La mayor actividad del capital financiero en Estados Unidos a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX fue la promoción de la nueva industria y la asociación de la industria existente con el objeto de inflacionar el valor de acciones nuevas firmes para cosechar utilidades más sustanciosas y rápidas. Como característica el capital financiero era primordialmente especulativo y dependía en alto grado de "informaciones internas" para maximizar la rotación del

capital en dinero. La situación de unos pocos capitalistas financieros, maniobrando con acciones, obteniendo enormes utilidades de la noche a la mañana y frenéticamente uniendo o separando imperios industriales para obtener utilidades financieras inmediatas es simplemente inconsistente con lo que conocemos sobre toma de decisiones a nivel de gerentes en la vasta mayoría de las grandes corporaciones hoy día.

Otra limitación de la posición de Dobb tiene que ver con la nueva relación entre las sociedades anónimas industriales y el estado. Como Dobb y otros han sostenido, las sociedades anónimas no financieras están tan preocupadas hoy día como siempre lo estuvieron del problema de conseguir capital en dinero al menor costo posible y por tanto maximizar la plusvalía. Pero han tenido éxito en "socializar" muchos de los costos más importantes de producción a través de financiamiento estatal. En particular, las sociedades anónimas agobian al sistema educacional del Estado con la tarea de transformar la fuerza de trabajo común en fuerza de trabajo técnico-administrativa y científica, necesidad que aumenta casi en forma natural. El capital en dinero resulta así, cada vez más, capital del estado adquirido a través del sistema de impuestos.

Finalmente y a mi parecer lo más importante, el punto de vista de Dobb ignora el problema de la creación de mercado, o lo que Baran y Sweezy llaman "esfuerzo de venta". El gran problema de las sociedades anónimas industriales no es la obtención de capital en dinero sino más bien la obtención de plusvalía, como ser gastar la plusvalía obtenida en el pasado (esa porción de "plusvalía económica" de Baran y Sweezy canalizada en el "esfuerzo de venta") a objeto de obtener plusvalía en el presente.

Aproximarse a este problema ayuda a explicar una de las principales tendencias del capitalismo monopolista de hoy: el proceso de concentración y centralización del capital, es decir, el proceso de grandes corporaciones y monopolio industrial, o, para expresarlo de otra forma, el aumento del volumen absoluto y relativo del capital bajo el control de una sola sociedad anónima.



A través de adquisiciones y uniones la sociedad anónima gigante controla más y más capital. Pero la concentración de capital financiado en gran parte internamente, toma típicamente la forma de "extensión de productos", es decir, la unión de firmas que producen mercaderías *diferentes* y que usan los *mismos* sistemas de comercialización. Debido a que la unión de extensión de productos ha sido el tipo más frecuente de unión en el pasado reciente, parecería que la concentración de capital en la corporación "conglomerada" es gobernada en forma creciente por las ventas y no por la producción, costos, financiamiento y otras consideraciones propias de las eras del capital industrial y financiero. Aun más, parecería que el monopolio industrial está gobernado también en forma creciente por consideraciones de venta, no por economías de producción en gran escala. En la esfera de distribución y comercialización, las uniones de extensión de productos *refuerzan* el monopolio. En la esfera de la producción, por lo menos temporalmente, las uniones de extensión de productos pueden *disminuir* el monopolio, debido al hecho de que, existiendo negocios en la industria penetrada por la organización gigante, las corporaciones aglomeradas deben enfrentar nueva competencia. Cuando una General Motors entra en una nueva línea de negocios, las firmas establecidas que pueden gozar de alguna ventaja monopolista se enfrentan a nuevas presiones competitivas.

Sin duda, estos y otros problemas relacionados deberían tener alta prioridad en la agenda de trabajo de los economistas marxistas. Algunas de las muchas preguntas que quedan parcial o totalmente sin respuesta son: ¿Cómo unen exactamente las corporaciones industriales típicas de bienes de capital y consumo las decisiones de producción, financieras y de venta? ¿En qué grado, si en alguno, las corporaciones industriales que han engendrado compañías financieras siguen políticas que promueven la rápida rotación del capital en dinero a expensas de la producción? ¿En qué grado, si en alguno, hay coordinación de precio, producción, ventas y políticas de inversión de las corporaciones nominalmente independientes que han sido históricamente asociadas con un in-

terés de grupo particular? Si el aspecto comercial de la conducta de la corporación es en verdad el dominante, ¿se puede sacar como consecuencia que las corporaciones sacrifican necesariamente "motivaciones financieras" solamente para poner a disposición del consumidor créditos al costo más bajo posible? ¿Cómo exactamente las compañías industriales utilizan las finanzas del Estado para simultáneamente subsidiar la demanda de utilidades (a través de construcción de carreteras, por ejemplo) y socializar los costos de producción? ¿Cómo son resueltas o arbitradas las demandas conflictivas sobre las finanzas estatales por parte de capitalistas que operan en ramas competitivas de la economía?

Mi creencia es que dentro de la corporación el que tome decisiones en el futuro debe ser capaz de apoderarse de cualquier o todo el capital que desee o necesite, debido al carácter de ahorro de capital de la alta tecnología cibernética (u otra moderna), junto al hecho de que las corporaciones controlan el estado nacional y son capaces por tanto de movilizar los ahorros de la gente y transformar estos ahorros en capital (carreteras, colegios estatales, etc.). Además el que tome las decisiones en el futuro puede descubrir que la producción se encarga de sí misma (como en el caso de la industria de energía eléctrica) debido a la sustitución de la fuerza de trabajo intelectual por fuerza de trabajo físico y a la habilidad de la anterior para desarrollar materias primas sintéticas, inventar nuevos procesos de producción en laboratorios, solucionar complicadas decisiones de producción a través de computadoras, etc.

El que tome las decisiones en la corporación debe tener, en consecuencia, una función principal: comercialización. El contador de la corporación, los bancos dependientes y los contralores de las finanzas estatales (que responden a las corporaciones) pueden ser los banqueros; los científicos y técnicos pueden monopolizar el "proceso de trabajo"; el que toma las decisiones de la corporación debe estar totalmente preocupado de las ventas, el "problema de la realización" que domina cada una de sus acciones.



## LA POLITICA REVOLUCIONARIA NUEVA EN LATINOAMERICA

por JAMES PETRAS

James Petras, profesor de ciencias políticas en la Universidad del Estado de Pennsylvania, ha escrito extensamente sobre Latinoamérica. Su última visita a Latinoamérica, que se centró en Chile y Perú, se realizó durante el verano de 1968. El presente resumen de sus impresiones fue escrito y aceptado para publicación antes del derrocamiento del gobierno de Belaúnde por un golpe militar. Este y otros hechos de los meses recientes, sin embargo, confirman la justeza y relevancia de su análisis. Los Editores.

Varios años han pasado desde que Chile y Perú eligieron Presidentes a quienes sus voceros liberales saludaron como revolucionarios pacíficos y democráticos —para distinguirlos del tipo violento *fidelista*. Desde entonces los revolucionarios violentos han sufrido una serie de reveses políticos que aparentemente han confirmado la posición de aquellos que optan por la “revolución democrática”. La revolución democrática, sin embargo, no se ha mostrado sino en los escritos de polemistas y publicistas. La revolución democrática ni ha ocurrido, ni está por ocurrir.

En Chile y Perú un problema clave fue y es el de la reforma agraria. Tanto Frei como Belaúnde han fracasado en llevar adelante una significativa distribución de la tierra. En Chile de 350.000 familias, menos de 10.000 han recibido tierras; no se cumplirá ni la mitad de la promesa electoral de 100.000 propietarios de tierras en seis años. La historia es más tremenda en Perú:

menos del 3 por ciento del campesinado necesitado tiene siquiera la más leve esperanza de recibir títulos de tierra. Esos gobiernos electos que aparecían más promisoros a los reformadores liberales a comienzos y a mediados de la década del 60, han perdido una buena parte de su anterior apoyo popular. Y cada vez más, en ambos países, las fuerzas políticas agresivas del ala derecha están levantando cabeza. Basándose en un ataque a los obvios fracasos de los gobiernos liberal-reformistas, capitalizando el descontento del electorado ante la *hueca* fraseología revolucionaria tanto en Chile como en Perú, la Derecha está en marcha. En Chile, el Partido Nacional, etiquetado en la prensa popular hace dos años como *momios*, ha iniciado una agresiva campaña contra el gobierno de Frei, combinando un llamado al orden y la estabilidad (basado en la incapacidad del gobierno para controlar la inflación) con promesas de ofrecer trabajo, seguridad, leyes de bienestar y programas habitacionales. En Perú el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) ha iniciado una campaña tipo Nixon atacando al gobierno por demasiado conservador o demasiado reformista, dependiendo de a quien es dirigida la campaña. En la práctica el APRA ha estado aliado con el partido del ex dictador derechista militarista Odría y ha debilitado seriamente los primeros intentos de reforma del antiguo socio de coalición del gobierno, los demócratacristianos. El fracaso de los demócratacristianos y populistas de última hora en Chile y Perú y la resurgencia de los grupos políticos derechistas se combinan hasta formar un aspecto de los nuevos acontecimientos en Latinoamérica.

En la izquierda, los comunistas pro Moscú han sido en tan gran medida íntimamente identificados con estos gobiernos fracasados que tienen poco atractivo para las descontentas masas del electorado. Este es especialmente el caso de Chile. En Perú, debido al ambiente político más represivo, los comunistas, junto a un número de desmembrados antiguos simpatizantes de los partidos de gobierno, pueden ganar algunos asientos parlamentarios más. La Izquierda revolucionaria, todavía en período de recuperación de sus recientes derrotas, está en un proceso de recons-



trucción de sus organizaciones bajo condiciones que, en muchos países latinoamericanos, son ahora más propicias a la izquierda radical de lo que eran incluso dos o tres años atrás.

El electorado, habiendo experimentado los fracasos de los gobiernos liberales, no mantiene ya sino débiles ilusiones acerca de la posibilidad de una reforma agraria pacífica. Más y más personas, si bien no todavía listas para la insurrección, se están inclinando hacia una política más radical. El intento anterior de la izquierda revolucionaria por la obtención del poder, resultó prematuro en el sentido de sobrestimar el tiempo que supone el proceso de radicalización, predicando la acción inmediata con la visión *correcta* de que los reformistas liberales no serían capaces de llevar adelante los cambios que habían prometido. En todo caso, los líderes que han sobrevivido a la represión contrarrevolucionaria están conscientes de la apertura de nuevas situaciones y están reanalizando, sin dogmatismos, sus experiencias pasadas.

La lenta reemergencia de grupos revolucionarios es probablemente el menos evidente de los nuevos hechos en Latinoamérica. La izquierda revolucionaria nueva no es un agrupamiento organizativa e ideológicamente homogéneo y coherente. Basado fundamentalmente en las ciudades, está formado en su mayor parte por intelectuales y estudiantes y tiene fuerza entre trabajadores recientemente organizados, especialmente del estrato de cuello blanco (trabajadores de la salud y maestros primarios en Chile, pescadores en Perú, empleados de Banco en Uruguay, etc.). La radicalización urbana de los trabajadores de cuello blanco y los de cuello azul recientemente organizados, las luchas masivas en las Universidades de provincia en Argentina y entre los estudiantes católicos y los sindicalistas en las ciudades más modernas y altamente desarrolladas de Brasil, forman la base para el desarrollo de la izquierda revolucionaria nueva en Latinoamérica. Un número de intelectuales altamente calificados, profundamente conocedores de las herramientas de la investigación en ciencias sociales modernas, han comenzado a publicar libros y artículos

analizando en profundidad lo que pasa en la sociedad, especificando los mecanismos de explotación e interpretando su significado para el desarrollo de Latinoamérica. En las Universidades se encuentra entre el estudiantado un nuevo tipo de militante revolucionario —una persona profundamente comprometida a la acción y deseosa de moverse libremente entre el pueblo y al mismo tiempo cada vez más interesada en alcanzar una mejor comprensión de las fuerzas sociales que operan en el seno de la sociedad. Durante mi visita a Perú, durante discusiones que duraban hasta muy tarde en la noche, encontré que el mayor interés de los activistas estudiantes era combinar un estudio científico de la sociedad con la actividad revolucionaria. Plantearon el problema de las posibilidades políticas inherentes a las migraciones rurales masivas hacia las ciudades sin empleo industrial; discutieron las oportunidades políticas entre la nueva generación de los pobladores que nacieron y crecieron en las *barriadas* y que no aceptan los cambios marginales que acompañan al movimiento desde un medio rural a uno urbano; bosquejaron planes para estudiar las interrelaciones entre las élites económicas, el engranaje de directorios entre los diferentes sectores de la sociedad, y las consecuencias de la integración de élite en términos de posibles estrategias y coaliciones políticas.

Muchas nociones, liberales y radicales, vastamente aceptadas, en relación a la acción revolucionaria, han sido dejadas de lado por los acontecimientos mismos en Latinoamérica. En Uruguay, la Suecia de Latinoamérica como ha sido llamado, cientos de dirigentes sindicales están en la cárcel; el Presidente gobierna mediante decretos; varias huelgas generales exitosas han tenido lugar en los últimos meses; y no se ve fin a la crisis. En Argentina son las ciudades de provincia de Santa Fe, Rosario y Tucumán las que han tomado el liderato de la lucha contra el dictador militarista Onganía y no Buenos Aires, la capital. En Brasil, mientras los comunistas pro-rusos hablan de alternativas legales a la dictadura de Costa e Silva, los católicos izquierdistas en *Ação*



*Popular* (AP), junto a los nacionalistas brasileños izquierdistas, se organizan para la lucha armada. En México fueron los estudiantes secundarios y vocacionales de la escuela de orientación pre-Universidad quienes tomaron la dirección al ocupar un sector importante del centro de Ciudad de Méjico y dirigieron las sangrientas batallas contra la policía y el ejército, no los estudiantes de la Universidad Nacional. En Chile los conflictos más agudos se plantean hoy entre los trabajadores de cuello blanco sindicalizados y los reformistas demócratacristianos, no entre la oligarquía y los campesinos, a pesar de que el descontento campesino es una bomba que puede sin embargo estallar.

La perspectiva inmediata para los conflictos locales en Latinoamérica parece ser permanecer locales —o sea, parecen sufrir de falta de un partido organizado que los vincule a las luchas nacionales por el poder. Pero las luchas económicas de hoy día, tales como huelgas generales por sueldos y salarios, se hacen progresivamente políticas y tienden a volcarse en confrontamientos con el gobierno. Las demandas inmediatas de los barrios pobres urbanos por *pan, techo y abrigo* pueden ser más que lo que puede proporcionar el Derecho paternalista. Incluso estas demandas son insuficientes para la nueva generación. El vínculo necesario entre la ciudad y el campo puede ser forjado por la recién emergente masa de graduados universitarios que dejan la capital por trabajos mal pagados en la provincia. La próxima década será decisiva para la izquierda revolucionaria nueva en Latinoamérica.

Un vínculo importante entre la izquierda tradicional y la izquierda revolucionaria nueva que ahora emerge está constituido por los revolucionarios que entraron a la política con la victoria de la revolución cubana. Las entrevistas que sostuve con tres líderes *fidelistas* de la izquierda peruana que están presos (Héctor Béjar, Ricardo Gadea y Hugo Blanco), dan una idea de los problemas y perspectivas que está considerando la nueva izquierda

revolucionaria. La imagen del guerrillero como un individuo románticamente emocional, algo entre *pistolero* y político, es falsa y corrientemente es el resultado de ignorancia basada en la falta de contacto con estos luchadores. Si bien se puede estar de acuerdo o discrepar con la estrategia revolucionaria particular que se adopte, es un error tomar a los nuevos revolucionarios como activistas sin pensamiento propio. Los líderes han hecho y continúan haciendo serios esfuerzos no sólo para estudiar y asimilar las lecciones tácticas de sus experiencias pasadas, sino también para profundizar la comprensión de los acontecimientos más grandes de sus sociedades. Ellos leen, dependiendo de su situación y de lo que les permitan los funcionarios de la prisión, no solamente los textos revolucionarios tradicionales, sino también estudios de las Naciones Unidas, disertaciones doctorales y trabajos de investigación de escritores conservadores y liberales. Su rechazo a una apreciación dogmática de la revolución puede mostrarse mejor en la descripción de un líder guerrillero del libro de Debray como “no un modelo para ser ciegamente seguido sino un intento para desarrollar las ideas más precisamente con miras a la futura lucha guerrillera”.

Habiendo soportado torturas y amenazas a sus vidas, con largas condenas a prisión, estos tres revolucionarios peruanos, Hugo Blanco, Ricardo Gadea y Héctor Béjar, han mantenido firmemente sus principios revolucionarios. Tal vez han servido, más que en otro aspecto, como ejemplo moral para la nueva generación de revolucionarios que afloran hoy día. Donde existe una corrupción política desenfrenada, donde existe un comercio constante entre políticos que mascullan toda suerte de retórica revolucionaria y élites económicas, y donde las oportunidades de sinecuras lucrativas están siempre a disposición de izquierdistas jóvenes ambiciosos, ahí los revolucionarios cautivos permanecen como ejemplos vivientes de “la otra vía”, la vía del Che y Fidel. Una vez terminada la entrevista y al dejar la prisión de El Frontón, Hugo Blanco me gritó “¡Tierra o Muerte!”.



## ACONTECIMIENTOS RECIENTES EN LATINOAMERICA

por JAMES PETRAS

Este es un agregado al artículo del mismo autor (La Política Revolucionaria Nueva en Latinoamérica) escrito un mes antes. Los Editores.

Los hechos acaecidos recientemente en Perú (el derrocamiento militar del Presidente Belaúnde) y el abandono de la fachada parlamentaria en Brasil, confirman el análisis hecho en el número anterior de MR: la impotencia de los regímenes democrático-liberales burgueses en Latinoamérica y la militarización de la vida política. En Chile (noviembre de 1968) como resultado de la presión derechista, el Presidente Frei forzó al jefe de la reforma agraria, Jacques Chonchol, a renunciar: las perspectivas de cambio son más débiles que nunca.

En octubre de 1968, la impotencia del gobierno de Belaúnde, exacerbada por severas dificultades financieras y la desintegración del partido Acción Popular, llevaron a un golpe militar. Es importante hacer notar que no hubo información de una sola huelga o paralización de trabajo en todo Perú en apoyo del depuesto Presidente, lo que atestigua una vez más la insolvencia de los reportajes del *New York Times* y *Newsweek*, que durante los últimos cuatro años se han referido a Belaúnde como al "Presidente de mentalidad reformista popularmente elegido". Es un testimonio de la sumisión de Belaúnde a los intereses de los grandes negocios de Estados Unidos, el hecho de que incluso los generales que planearon el golpe y que no se han hecho notar particularmente por sus sentimientos antimperialistas pudieron intentar legitimizar el golpe alegando defender la soberanía peruana. La exención de varios millones de dólares de impuestos que Belaúnde

ofreció a la International Petroleum Corporation, resuelta luego de firmar un decreto destinado a atraer a corporaciones internacionales, fue más de lo que incluso el ejército podía tolerar. El *Alliance For Progress Weekly Newsletter* (Noticiero Semanal de la Alianza para el Progreso) de septiembre 2 de 1968, informaba que el decreto "ajusta la estructura de los impuestos para favorecer el establecimiento en Perú de compañías multinacionales. En esta forma Perú fue el primer país latinoamericano en adoptar tal legislación.

El golpe militar en Perú indica el inicio de un "nacionalismo derechista" de nuevo tipo, una ideología que ha sido hasta aquí primordialmente una forma de demagogia. Los nacionalistas derechistas de hoy pueden decidir oponerse al servilismo total de liberales como Belaúnde a objeto de obtener legitimidad popular, y de llegar, en asuntos externos, a una posición "gaullista". En suma, el fracaso de los demócratacristianos y populistas de última hora en Chile y Perú y la resurgencia de grupos políticos derechistas es, en ambos países, un aspecto de los nuevos hechos en Latinoamérica.

En Brasil la dictadura militar ha dado un nuevo viraje a la derecha. Entre 1964 y 1967, la dictadura de Castelo Branco intentó eliminar toda oposición política. Esta política resultó contraproducente ya que muchos profesionales y personal técnico salieron del país y los funcionarios norteamericanos fueron incapaces de manejar la compleja situación. Los hombres de negocios brasileños se vieron restringidos debido a la política de privilegios que el gobierno mantuvo con las corporaciones de Estados Unidos. La clase media sufrió con la inflación y la congelación de salarios. Costa e Silva trató de aflojar el sistema político y permitió a ciertos opositores burgueses y liberales de izquierda una forma de expresión esperando obtener su apoyo. Sin embargo, los estudiantes y otros izquierdistas se transformaron en el punto focal de la oposición. Las medidas impopulares del gobierno dieron por resultado un amplio apoyo a la oposición. De ahí la reciente ola de arrestos, el poner fuera de la ley a la oposición



liberal burguesa, etc. Una vez más en Brasil las alternativas prácticas son: autoritarismo derechista o revolución social —no hay “tercera” posición o vía democrática pacífica.

Por tanto, el hecho sobresaliente de la vida política en Latinoamérica es la reciente resurgencia de líderes militares y derechistas. En Argentina, Brasil, Bolivia y Perú gobiernan los militares. Y es importante el hecho de que no tienen ninguna intención de seguir la política anterior de eliminar la oposición, a objeto de pavimentar el camino para darse una fachada parlamentaria. Los militares ya no son meros guardianes del orden social sino que han decidido gobernar directamente sobre la sociedad.

Saliéndose de la vía de golpes militares, un grupo de líderes políticos de derecha está captando apoyo popular, reaccionando contra la corrupción e inactividad de los regímenes liberales. En Colombia, los partidarios del ex dictador Rojas Pinilla están construyéndose una base de masas en las barriadas populares, y no es de extrañar que llegue a ser un serio contendor en el futuro próximo. El ex dictador venezolano Pérez Jiménez obtuvo 168.083 votos contra 105.637 para Acción Democrática en las pasadas elecciones en Caracas. Hoy día las masas, a falta de una alternativa izquierdista, y considerando intolerable el statu quo liberal, se vuelcan a la autoritaria derecha demagógica paternalista que promete moralidad (limpiar el corrupto enredo de los parlamentaristas), protección (limitar la rapaz explotación de los pobres por la oligarquía), y trabajo (obras públicas) a través del “liderato personal fuerte” (dictadura). Los “revolucionarios democráticos” disponen de los recursos estatales para beneficiar a sus clientes de la clase media a expensas de las masas rurales y urbanas mientras arrinconan a la izquierda en la ilegalidad. Resultando todo esto en la creación de amplias oportunidades para la resurgencia de los políticos derechistas de la década del 50, muchos de los viejos amigos de Nixon del tiempo de Eisenhower van a encontrarse en las Conferencias Hemisféricas del próximo año.

## SUBDESARROLLO Y REVOLUCION EN AMERICA LATINA\*

por RUY MAURO MARINI

“...todo nuestro esfuerzo está destinado a invitar a pensar, a abordar el marxismo con la seriedad que esta gigantesca doctrina merece”.

Ernesto Che Guevara

La historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del capitalismo mundial. Su estudio es indispensable para quien desee comprender la situación a la que se enfrenta actualmente este sistema y sus perspectivas. Inversamente, sólo la comprensión segura de la evolución y de los mecanismos que caracterizan a la economía capitalista mundial proporciona el marco adecuado para ubicar y analizar la problemática de América latina.

Las simplificaciones en las que, por su limitación natural, incurra este trabajo, no deben hacer olvidar al lector esa premisa fundamental.

\* Revista *Tricontinental*, (La Habana), Nº 7, julio-agosto, 1968.

El autor fue profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Brasilia hasta el 1º de abril de 1964. Desde 1965 vive exilado en Ciudad de México.



América latina surge como tal al incorporarse al sistema capitalista en formación, es decir, cuando la expansión mercantilista europea del siglo XVI. La decadencia de los países ibéricos, que se posesionaron primero de los territorios americanos, engendra en éstos situaciones conflictivas, resultantes de los avances que sobre ellos intentan las demás potencias europeas. Mas es Inglaterra mediante la dominación que acaba por imponer a Portugal y España, la que predomina finalmente en el control y en la explotación de los mismos.

En el curso de los tres primeros cuartos del siglo XIX, y concomitantemente a la afirmación definitiva del capitalismo industrial en Europa, sobre todo en Inglaterra, la región latinoamericana es llamada a una participación más activa en el mercado mundial ya como productora de materias primas ya como consumidora de una parte de la producción liviana europea. La ruptura del monopolio colonial ibérico se impone entonces como una necesidad desencadenando el proceso de la independencia política, cuyo ciclo queda prácticamente terminado al final del primer cuarto de siglo, dando como resultado las fronteras nacionales que, por lo general, rigen todavía en nuestros días. A partir de este momento tiene lugar la integración dinámica de los nuevos países al mercado mundial, la cual asume dos modalidades principales que corresponden a las posibilidades reales de cada uno para realizar dicha integración y los cambios que va sufriendo ésta en función del avance de la industrialización en los países centrales.<sup>1</sup>

Así, en un primer momento, son aquellos países que presentan una cierta infraestructura económica, desarrollada en la fase colonial, y que se muestran capaces de crear condiciones políticas relativamente estables, los que responden más prontamente a las exigencias de la demanda internacional. Chile, Brasil y, un poco

<sup>1</sup> Los rasgos principales de estas modalidades o tipos fueron definidos por Celso Furtado y Anibal Pinto, en diferentes trabajos, y sistematizados por Fernando Henrique Cardoso en un estudio todavía inédito.

después, Argentina, incrementan sensiblemente en ese período su intercambio con las metrópolis europeas, con base en la exportación de alimentos y materias primas como cereales, cobre, azúcar, café, carnes, cueros y lanas. Paralelamente, utilizando inclusive los créditos que para ello les suministra Inglaterra, aumentan sus importaciones de bienes de consumo no durable y dan comienzo a la construcción de un sistema de transportes, mediante obras portuarias y los primeros ferrocarriles, con lo que abren un mercado suplementario a la incipiente producción pesada europea.

A partir de 1875, ciertos cambios se hacen sentir en el capitalismo internacional. Nuevas potencias se proyectan hacia el exterior, sobre todo Alemania y Estados Unidos, ya que estos últimos empiezan a desenvolver una política propia en el continente latinoamericano que choca muchas veces con los intereses británicos. En el campo mismo del comercio, la influencia norteamericana es considerable, registrándose en algunos países, principalmente Brasil, la tendencia a desplazar sus exportaciones hacia la nueva potencia del Norte.<sup>2</sup>

Asimismo, en los países centrales aumenta el desarrollo de la industria pesada y la tecnología correspondiente, y la economía se orienta hacia una mayor concentración de las unidades productivas, dando lugar al surgimiento de los monopolios. Estos rasgos logrados por la acumulación de capital efectuada en las etapas anteriores, aceleran el proceso de acumulación y fuerzan al capital a buscar campos de aplicación fuera de las fronteras nacionales, mediante empréstitos públicos y privados, financiamientos, inversiones de cartera y, en menor medida, inversiones directas. A diferencia, pues, de los créditos externos que utilizaban antes y que correspondían a operaciones comerciales compensatorias, la función que asume ahora el capital extranjero en

<sup>2</sup> El choque de intereses entre Estados Unidos e Inglaterra se manifiesta ya en la implantación de la república en Brasil (1889) y en la guerra civil chilena (1891), para dar algunos ejemplos. Permite también que un país como Uruguay pueda realizar, después de la ascensión de Batlle al poder, su integración dinámica al mercado mundial en condiciones similares a las de los países ya citados.



América latina es sustraer abiertamente una parte de la plusvalía que se genera dentro de cada economía nacional, lo que incrementa la concentración del capital en las economías centrales y alimenta el proceso de expansión imperialista.

En parte por el efecto multiplicador de la infraestructura de transportes y del aflujo de capital extranjero, mas sobre todo por la aceleración del proceso de industrialización y de urbanización en los países centrales, el cual infla la demanda mundial de materias primas y alimentos, la economía exportadora latinoamericana experimenta un auge sin precedentes. Este auge va, sin embargo, marcado por una acentuación de su dependencia frente a los países industrializados, a tal punto que los nuevos países que se vinculan en este momento, de manera dinámica, al mercado mundial, desenvuelven una modalidad particular de integración.

En efecto, el desarrollo del principal sector de exportación tiende, en estos países, a ser asegurado por el capital extranjero mediante inversiones directas, quedando a las clases dominantes nacionales el control de actividades secundarias de exportación o la explotación del mercado interno.<sup>3</sup> Aun países que, como Chile, se habían integrado dinámicamente a la economía capitalista en fase anterior, ven caer entonces su principal producto de exportación (el salitre primero, el cobre después) en las manos del capital extranjero, mientras que en Argentina, éste posee los frigoríficos y en Brasil controla la exportación del café.

Este hecho, aunque no cambie en lo fundamental el principio en que reposa la economía dependiente latinoamericana, tiene implicaciones de cierto alcance. En efecto, a diferencia de lo que sucede en los países capitalistas centrales, donde la actividad

<sup>3</sup> Esto se debe tanto a las disponibilidades crecientes de capital exportable en las economías centrales, como al carácter más sofisticado y más costoso de la tecnología empleada, que exige fuertes inversiones de capital. De allí se deriva una integración de parte del sistema de producción de esos países a la economía central, pero dicha integración se da en función del mercado mundial y no del mercado interno, como sucederá posteriormente.

económica está supeditada a la relación existente entre las tasas internas de plusvalía y de inversión, en los países dependientes el mecanismo económico básico deriva de la relación exportación-importación: aunque se obtenga en el interior de la economía, la plusvalía se realiza en la esfera del mercado externo, mediante la actividad de exportación, y se traduce en ingresos que se aplican, en su mayor parte, en importaciones. La diferencia entre el valor de la exportación y de las importaciones, es decir, el excedente invertible, sufre pues la acción directa de factores exteriores a la economía nacional.

Sin embargo, en los países en que la actividad principal de exportación está bajo el control de las clases dominantes locales, existe una cierta autonomía —condicionada evidentemente por la dependencia de la economía frente al mercado mundial— en cuanto a las decisiones de inversión. Por lo general, el excedente se aplica en el sector más rentable de la economía, que es precisamente la actividad de exportación que más produjo (lo que explica la afirmación de la tendencia a la monoproducción) ya para atender al consumo de capas de la población que no tienen acceso a los bienes importados, o como defensa contra las crisis cíclicas que afectan regularmente a las economías centrales, orientándose también hacia actividades vinculadas al mercado interno. Es así como en algunos países, como Argentina, Brasil, Uruguay, al lado de una industria vinculada esencialmente a la exportación (frigoríficos, molinos de harina, etc.) se llega a desarrollar una industria liviana, que produce para el mercado interno, la cual rebasa el nivel artesanal y da lugar progresivamente a la implantación de núcleos fabriles de relativa importancia.

Distinta es la situación de los países cuya principal actividad de exportación se encuentra en manos de capitalistas extranjeros. La plusvalía realizada en la esfera del comercio mundial pertenece a capitalistas foráneos, y sólo una parte de ella —cuya magnitud varía según el poder de discusión de su interlocutor— pasa



a la economía nacional, mediante derechos e impuestos pagados al Estado.<sup>4</sup> De eso se derivan dos consecuencias: redistribuida a las clases dominantes locales —que por ello bregan por el control del Estado— esta parte de la plusvalía se convierte en demanda de bienes importados, reduciendo considerablemente el excedente invertible; asimismo, la parte de la plusvalía que permanece en las manos del capitalista extranjero sólo se invierte en el país si las condiciones de la economía central lo exigen; no solamente se sustraen regularmente del país, mediante la exportación de beneficios, parcelas sustanciales de la misma, sino que también, en los ciclos de depresión en la metrópoli, ella fluye íntegramente hacia ésta.

De esta manera, con mayor o menor grado de dependencia, la economía que se crea en los países latinoamericanos a lo largo del siglo XIX y en las primeras décadas del actual, es una economía exportadora, especializada en la producción de unos cuantos bienes primarios. Una parte variable de la plusvalía que ahí se genera es drenada hacia las economías centrales, ya sea mediante la estructura de precios vigente en el mercado mundial y las prácticas financieras impuestas por esas economías, o a través de la acción directa de los inversionistas foráneos en el campo de la producción.

Las clases dominantes locales tratan de resarcirse de esta pérdida aumentando el valor absoluto de la plusvalía creada por los trabajadores agrícolas o mineros, es decir, sometiéndolos a un proceso de superexplotación. La superexplotación del trabajo constituye así el principio fundamental de la economía subdesarrollada, con todo lo que implica en materia de bajos salarios, falta de oportunidades de empleo, analfabetismo, subnutrición y represión policíaca.

<sup>4</sup> La relación entre la inversión extranjera y el carácter más sofisticado de la tecnología que ella emplea conduce a que la empresa absorba poca mano de obra, generando pues un monto relativamente bajo de salario. Dichos salarios se orientan por lo general hacia el consumo de bienes importados y no repercuten de manera efectiva en el mercado interno.

## II

La consolidación del imperialismo como forma dominante del capitalismo internacional no se realiza tranquilamente. En el curso de su evolución, el imperialismo tendrá que pasar por un período extremadamente difícil, que se abre con la guerra de reparto colonial de 1914, progresa con la desorganización impuesta al mercado mundial por la crisis de 1929 y culmina con la guerra por la hegemonía mundial de 1939. La economía que emerge de este proceso restablece la tendencia integradora del imperialismo a un nivel más alto que el precedente, en la medida en que afirma definitivamente la integración en la esfera del mercado e impulsa la etapa de la integración de los sistemas de producción comprendidos en su radio de acción.

En su aspecto más global, este proceso da lugar a tendencias contradictorias. Por un lado, refuerza el sistema imperialista, conformando un centro hegemónico de poder —Estados Unidos de América— que impulsa y coordina la integración, al mismo tiempo que la afianza con su poderío militar. Por otro lado, conduce al surgimiento de un campo de fuerzas opuesto: el campo socialista, que nace y se desarrolla en el fuego de los conflictos engendrados por la integración imperialista.

Aun limitándonos, por las exigencias de este artículo, al análisis de lo que sucede en el interior del sistema imperialista, no podemos ahondar en el estudio de los fenómenos que se verifican en las economías centrales. Señalemos tan sólo que el proceso de integración se acompaña de un incremento acelerado del sector de bienes de capital, particularmente notable en las industrias que, dentro de ese sector, se encuentran vinculadas a la producción bélica. Paralelamente, se produce una hipertrofia del aparato estatal, que se convierte en el principal agente de producción y consumo de la economía, fundamentalmente en lo referente a la industria de guerra.

Si es cierto que la estatización y la militarización imperialista se realizan en función del campo socialista, también es cierto



que obedecen a la dinámica propia del sistema y expresan los mecanismos básicos que lo rigen. En último término, esta dinámica y estos mecanismos están referidos a la acumulación del capital en el interior del sistema, la cual tiende a concentrar —mediante la superexplotación del trabajo en las economías periféricas— parcelas siempre crecientes de la plusvalía en los centros integradores. El aumento del excedente invertible de que éstos disponen, por mucho que sea malgastado en actividades no productivas, como la industria bélica y la publicidad, acarrea un incremento constante de las inversiones directas en las economías periféricas, a través de las cuales se realiza progresivamente la integración del sistema productivo de éstas al sistema del centro integrador.

Este proceso va aunado al crecimiento y a la diversificación del sistema periférico. En efecto, la crisis del mercado imperialista, que estalla en la segunda década del siglo actual, tiene como consecuencia más importante la de no viabilizar la antigua forma de vinculación al mismo que se había impuesto en América latina, es decir, la forma de la economía primaria exportadora. Ello se manifiesta como una tendencia permanente, que no se circunscribe sólo a los períodos de retracción del mercado mundial: por el contrario, tanto por el surgimiento de nuevas regiones productoras (impulsado por la expansión imperialista) como por el desarrollo de producciones similares o sustitutos artificiales en las mismas economías centrales, se contraen constantemente las posibilidades de comercio de América latina, al mismo tiempo que declinan los términos de intercambio.

La crisis del sector externo, representada por las restricciones a la exportación y las dificultades resultantes para satisfacer el consumo interno mediante importaciones, exigía un cambio de actividad económica en la región. La industrialización sustitutiva de importaciones se impuso, pues, en líneas generales, en todos los países latinoamericanos, según las posibilidades reales de su mercado interno y, en consecuencia, del grado de desarrollo logrado en la etapa anterior.

Desde 1920 hasta principios de los años 50, muchos países se lanzan por este camino y algunos, como Argentina, Brasil y México, llegan a crear una industria liviana capaz de satisfacer en lo esencial la demanda interna de bienes de consumo no durables. El hecho que más llama la atención es el carácter relativamente pacífico que asume el tránsito de la economía agraria a la economía industrial en América latina, en contraste con lo que ocurrió en Europa. Esto ha traído como resultado que muchos estudiosos mantuviesen equivocadamente la tesis de que la revolución burguesa latinoamericana está todavía por hacerse.

Aunque sea cierto que la revolución burguesa no se ha realizado en América latina, según los cánones europeos, este planteamiento es engañoso, ya que no considera que esto se debió a las condiciones objetivas dentro de las cuales se desarrolló la industrialización latinoamericana.

Recordemos, en efecto, que la industria que aquí se desenvuelve, en el siglo XIX, tiene un papel complementario al sector exportador. Sólo en algunos países, impulsada por las crisis cíclicas del mercado mundial y el crecimiento de la población urbana, constituida en su mayor parte por masas de bajo poder adquisitivo, se desenvuelve una industria de bienes de consumo de base marcadamente artesanal.

En el primer caso, los intereses de la industria coinciden rigurosamente con los del sector agrario-mercantil y su despliegue no acarrea una diferenciación efectiva en el seno de las clases dominantes. En el segundo, la clase industrial, que se incluye entre las clases medias urbanas, se constituye por lo general de inmigrantes, quienes, al no integrarse plenamente a la sociedad, no llegan a participar activamente de los choques de intereses que allí se verifican. Proporcionarán, sin embargo, un soporte real para la ideología de clase media que se desenvuelve entonces, proteccionista en lo económico y liberal en lo político, la cual sólo se afirmará allí donde algunos sectores dominantes, entrando



en conflicto con los grupos más privilegiados o necesitando enfrentarse a la competencia externa, se hacen eco de ella.<sup>5</sup>

Como quiera que sea, la existencia de este sector industrial dedicado al mercado interno ofrece la base objetiva para un cambio de actividad económica cuando sobreviene la crisis del mercado mundial. La restricción de las importaciones le abre nuevas posibilidades de crecimiento, con el objetivo de atender la demanda interna insatisfecha. Por otra parte el sector se va a beneficiar del excedente económico generado en la actividad exportadora, mediante la disminución de las oportunidades de inversión que allí se verifica y la tendencia de ese excedente a fluir, a través del sistema bancario, hacia la industria.

El eje del problema reside precisamente en este punto. El sector exportador había sabido defenderse de la coyuntura de depresión vigente en el mercado mundial, ya adoptando políticas de defensa del empleo traducidas en la compra y la formación de existencias por el Estado (como pasa con el café, en Brasil), ya estableciendo acuerdos comerciales desventajosos, que garantizaban empero la salida de la producción (el mejor ejemplo es el acuerdo Roca-Runciman, firmado entre Argentina e Inglaterra). En estas condiciones, dicho sector mantenía su actividad y, correlativamente, por las dificultades experimentadas para importar, ejercía una presión estimulante sobre la oferta interna, creando la demanda efectiva que la industria trataría de satisfacer.

Es este mecanismo lo que explica que, a pesar de algunos desajustes eventuales en sus relaciones, la burguesía agrario-mercantil y la burguesía industrial ascendente hayan podido pactar, en provecho mutuo. El Estado que así se establece es un Estado de compromiso, que refleja la complementaridad objetiva que cimentaba sus relaciones. Sólo en aquellos países donde el sector exportador, controlado directamente por el capital extranjero no disponía de las condiciones necesarias para cambiar su orientación, es que las tensiones se hicieron más graves, dando

<sup>5</sup> Ejemplos de ello son el batllismo en Uruguay, el radicalismo argentino de principios de siglo, el civilismo brasileño.

lugar a conflictos radicales que terminaron, sin embargo, por conducir a una situación de represión impuesta por las antiguas clases dominantes, la cual se tradujo en un relativo estancamiento económico.

### III

El pacto sellado entre la burguesía agrario-mercantil y la burguesía industrial expresaba una cooperación antagónica y no excluía, pues, los choques de intereses en el seno de la coalición dominante. Las divergencias en materia de política cambiaria y de crédito, los intentos constantes de la burguesía industrial para canalizar hacia sí el excedente generado en el sector exportador, su propósito de asegurar a través del Estado el desarrollo de sectores básicos fueron causas de conflictos interburgueses constantes, que se manifestaron por una inestabilidad política superficial, la cual nunca puso en jaque los cimientos mismos del poder. Tales tensiones resultaban, en último término, de los movimientos del polo económico vinculado al mercado interno, en su progresión para liberarse de la dependencia del polo externo e imponerle a éste su predominio.

La aceleración que en el curso de la segunda guerra mundial se produce en el proceso de industrialización latinoamericana y que lanza a nuevos países, como Venezuela, en el camino que habían recorrido desde los años treinta Argentina, Brasil y México, refuerza considerablemente el polo interno y crea las condiciones para una lucha más abierta por el predominio dentro de la coalición dominante. En esa lucha, la burguesía industrial echará mano de la presión de las masas ciudadanas, cuyo peso aumentará considerablemente en el período precedente, en el marco de un juego político conocido corrientemente por "populismo". Su fruto será el establecimiento de regímenes de tipo bonapartista, cuyo ejemplo más claro es el gobierno de Perón.

Históricamente, y desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas, esta situación corresponde a la terminación de la etapa de la industrialización de primer grado, susti-



tutiva de bienes de consumo no durable, y la necesidad de implantar una industria pesada, productora de bienes intermedios, de consumo durable y de capital. La burguesía industrial toma conciencia de esta situación, antes que todo por el agotamiento relativo con que choca en el mercado interno la expansión industrial de primer grado, liviana. Esto la impulsa a intentar la ampliación de la escala de mercado, ya mediante la apertura de frentes externos (política seguida inicialmente por Perón), ya a través de la dinamización del mismo mercado interno, mediante políticas de redistribución del ingreso, que van desde el aumento de salarios hasta el planteo de una reforma agraria (lo que sucedió un poco con Perón y más con Vargas, en su segundo período de gobierno, 1950-54). Sin embargo, el bloqueo al que se enfrenta la expansión de la industria ligera, aunado a las dificultades para importar los bienes intermedios y equipos necesarios, conducen a la burguesía a encarar la segunda etapa del proceso de industrialización, es decir, la creación de una industria pesada.

En la medida en que esto se combina con la exigencia de ampliar el mercado para la industria liviana y exige un mayor excedente de capital invertible, se hace necesario aumentar las transferencias de capital desde el sector exportador y poner de pie protecciones arancelarias que defiendan el mercado nacional. Es por lo que la burguesía choca simultáneamente con la clase latifundista-mercantil y con los *trusts* internacionales a los que está conectada la economía por sus actividades de exportación e importación.

El bonapartismo se plantea, en esta perspectiva, como el recurso político de que se sirve la burguesía para enfrentarse a sus adversarios. Basándose en las masas populares urbanas, a las que seduce por su fraseología populista y nacionalista, pero más concretamente por sus intentos de redistribución del ingreso, ella intenta poner de pie un nuevo esquema de poder, en el cual, mediante el apoyo de las clases medias y del proletariado y sin romper el esquema de colaboración vigente, le sea posible sobre-

ponerse a la antigua burguesía terrateniente y mercantil. Por las implicaciones que tiene en las relaciones económicas con el centro imperialista hegemónico, ello tiende a combinarse con la búsqueda de fórmulas capaces de promover el desarrollo capitalista autónomo del país.

Conviene aquí subrayar que estos cambios en América latina se hacen visibles en el momento mismo en que, reorganizado el mercado mundial bajo la hegemonía de Estados Unidos, el imperialismo afirma su tendencia a la integración de los sistemas de producción. Esta es movida por dos razones fundamentales, de las cuales la primera tiene que ver con el avance de la concentración de capital en escala mundial, lo que pone en manos de las grandes compañías internacionales una superabundancia de recursos invertibles que necesitan buscar nuevos campos de aplicación en el exterior. La tendencia declinante del mercado de materias primas y el hecho de que, durante la fase de desorganización de la economía mundial se desarrolló en las economías periféricas un sector industrial vinculado al mercado interno, hace que sea este sector el que atraiga al capital extranjero que busca oportunidades de inversión.

La segunda razón de la integración de los sistemas de producción es dada por el gran desarrollo del sector de bienes de capital en las economías centrales, el cual fue acompañado de una aceleración considerable del progreso tecnológico. Esto hizo, por un lado, que el tipo de equipos producidos, siempre más sofisticados, debiesen aplicarse a actividades más elaboradas, del tipo industrial, en los países periféricos, existiendo interés, por parte de las economías centrales de impulsar allí el proceso de industrialización. Por otro lado, en la medida en que el ritmo del progreso técnico redujo en los países centrales el plazo de reposición del capital constante de un promedio de ocho a uno de cuatro años,<sup>6</sup> surgió la necesidad para esos países de exportar a

<sup>6</sup> Ver Ernest Mandel: *Traité d'économie marxiste* (Tratado de economía marxista), París, 1962.



la periferia equipos y maquinarias viejos obsoletos tempranamente, más aún no totalmente amortizados.

Entonces, en el momento en que las burguesías nacionales de los países latinoamericanos se plantean la conveniencia de desarrollar su propio sector de bienes de capital, chocan con el asedio del capital extranjero, que las presiona para penetrar en la economía y allí implantar ese sector. Es natural, por lo tanto, que buscando defender su plusvalía y su campo mismo de inversión (recordemos que el campo de inversión representado por la industria ligera daba señales de agotamiento), la primera reacción de esas burguesías haya sido la de resistir al asedio, con lo que ponen de pie una ideología nacionalista que se orienta hacia la definición de un modelo de desarrollo capitalista autónomo. Pero también se comprende que, aunado al conflicto que ya sostienen con las antiguas clases dominantes internas, la apertura de este segundo frente de lucha haya conducido al fracaso al conjunto de la política burguesa.

#### IV

La causa fundamental de este fracaso se debe, en último término, a la imposibilidad de la industria para sobreponerse al condicionamiento que le ha impuesto el sector externo, desde sus primeros pasos. Atendiendo a la demanda creada por las clases ricas y utilizando una tecnología importada de los países centrales, cuya característica principal era ahorrar mano de obra, la industria latinoamericana se encontró con un mercado reducido que trataba de compensar utilizando abusivamente la relación precio-salarios. Esto era posible justamente porque, empleando una tecnología ahorrativa de mano de obra, la industria afrontaba una oferta de trabajo en constante expansión, lo que le permitía fijar los salarios a su más bajo nivel. En contrapartida, el crecimiento del mercado era extremadamente lento y no se podía compensar sino mediante el alza de precios, es decir, la inflación.

Cuando se plantea el problema de la creación de una indus-

tria pesada, la burguesía industrial se inclina inicialmente, como vimos, hacia la reformulación de ese esquema. En este sentido trata de movilizar instrumentos capaces de ampliar la escala del mercado, así como de acelerar la transferencia hacia el sector industrial del excedente generado por las exportaciones. Sin embargo, en su afán de —aprovechando la oferta mundial de equipos y maquinarias que se incrementa en la posguerra— aumentar su plusvalía relativa, acaba por volverse hacia medidas más inmediatas, tendientes a flexibilizar a corto plazo la capacidad para importar.

Ahora bien, vimos que desde los años veinte la capacidad para importar se deterioraba constantemente. Para elevar, pues, el monto de divisas disponibles para la importación de equipos y bienes intermedios, no queda a la burguesía industrial sino transigir con el sector agrario-exportador y darle inclusive las facilidades e incentivos que exige para expandir sus actividades. Para hacerlo, sin limitar la acumulación de capital necesaria para enfrentar la segunda etapa de industrialización, tiene que descargar sobre las masas trabajadoras de la ciudad y del campo el esfuerzo de capitalización, con lo que afirma una vez más el principio fundamental del sistema subdesarrollado, es decir, la superexplotación del trabajo.

Este fenómeno, claramente manifiesto en la aceleración de la inflación y luego en las políticas de “estabilización”, así como en la renuncia a realizar una reforma agraria efectiva, da como consecuencia la ruptura de la base en que se apoyaba la política bonapartista. Al transigir con las antiguas clases dominantes, la burguesía industrial tuvo que abandonar su fraseología revolucionaria, el tema de las reformas de estructura, las políticas de redistribución del ingreso. Con ello se divorció de las aspiraciones de las grandes masas y echó por tierra la posibilidad de mantener con ellas una alianza táctica.

Este proceso se completó con la renuncia de la burguesía a llevar a cabo una política de desarrollo autónomo. En efecto, el asedio de los capitales extranjeros, que se intensifica en los años



cincuenta, coincide con la dificultad de las economías latinoamericanas para lograr una flexibilización de su capacidad para importar mediante la expansión de las exportaciones tradicionales (dificultades sobre todo sensibles al terminarse la guerra de Corea). Ahora bien, las compañías extranjeras disponían, como vimos, de equipos y maquinarias ya obsoletos y no amortizados en las metrópolis que representaban un adelanto efectivo frente al nivel tecnológico imperante en los países latinoamericanos. La entrada de esos capitales, bajo la forma de inversión directa y, cada vez más, en asociación con empresas locales, constituía una solución conveniente para las dos partes: para el inversionista extranjero, su equipo obsoleto produciría allí utilidades similares a las que podía obtener con un equipo más moderno en su país de origen, en virtud del precio más bajo de la mano de obra local; para la empresa local se abría la posibilidad de lograr con dicho equipo una plusvalía relativa superior, en comparación con las demás.

Así, la burguesía industrial latinoamericana evoluciona de la idea de un desarrollo autónomo hacia una integración efectiva con los capitales imperialistas y da lugar a un nuevo tipo de dependencia, mucho más radical que el que rigiera anteriormente. El mecanismo de la asociación de capitales es la forma que consagra esta integración, la cual no solamente desnacionaliza definitivamente la burguesía local, sino que, unida como va a la acentuación del ahorro de mano de obra que caracteriza al sector secundario latinoamericano, consolida la práctica abusiva de precios (que se fijan según el costo de producción de las empresas tecnológicamente más atrasadas) como medio de compensar la reducción concomitante del mercado. El desarrollo capitalista integrado acrecienta, pues, el divorcio entre la burguesía y las masas del pueblo, intensificando la superexplotación a que éstas están sometidas y negándoles lo que representa su reivindicación más elemental: el derecho al trabajo.

La coincidencia de esas dos tendencias —el abandono de la política bonapartista y de las aspiraciones al desarrollo capita-

lista autónomo— arrastra a la caída a los regímenes liberal-democráticos que habían intentado afirmarse en la posguerra y conduce a la implantación de dictaduras tecnocrático-militares. Ello va unido a la acentuación del papel directivo del Estado y al incremento considerable de los gastos militares, que se constituyen en escala creciente en demanda de una oferta industrial que no puede basarse en la expansión del consumo popular. Con las deformaciones de escala naturales, el imperialismo reproduce así en las economías periféricas de América latina los mismos rasgos fundamentales que afirmó en las economías centrales, en su tránsito hacia la integración de los sistemas de producción.

## V

En el marco de la dialéctica del desarrollo capitalista mundial, el capitalismo latinoamericano reprodujo las leyes generales que rigen el sistema en su conjunto, mas, en su especificidad propia, las acentuó hasta su límite. La superexplotación del trabajo en que se funda lo condujo finalmente a una situación caracterizada por un corte radical entre las tendencias naturales del sistema y, por lo tanto, entre los intereses de las clases beneficiadas por él y las necesidades más elementales de las grandes masas, que se manifiestan en sus reivindicaciones de trabajo y de consumo. La ley general de la acumulación del capital que implica la concentración de la riqueza en un polo de la sociedad y la despaunderización absoluta de la gran mayoría del pueblo, se expresa aquí con toda brutalidad y pone en el orden del día la exigencia de formular y practicar una política revolucionaria de lucha por el socialismo.

Sería ingenuo, sin embargo, creer que el éxito de esa política está inscrito en el orden natural de las cosas y que se deriva necesariamente de la irracionalidad cada día más evidente de la organización económica impuesta por el capitalismo. Si no tomamos conciencia de la situación que atravesamos y no le oponemos una acción sistemática y radical, los pueblos del continente nos arriesgamos a zozobrar durante un período de du-



ración imprevisible en las sombras del esclavismo y del embrutecimiento. Ello es tanto más peligroso porque el sistema ya se moviliza, ya sea para promover la eliminación física de poblaciones enteras (mediante, por ejemplo, las técnicas de esterilización) o para organizar un esquema económico y político capaz de constituirse en un instrumento efectivo de contención de las fuerzas revolucionarias emergentes.

En dicho esquema desempeñan papel preponderante los actuales proyectos de integración regional y la dictadura abierta de clase representada por los regímenes tecnocrático-militares. La integración económica se plantea, en efecto, como una manera de llevar a su culminación, en América latina, la integración imperialista de los sistemas de producción en el marco de una situación económica caracterizada por una capacidad potencial creciente de la oferta y una restricción sistemática de las posibilidades de consumo. Esta situación, directamente relacionada con la difusión de una tecnología ahorrativa de mano de obra en una estructura de producción marcadamente monopolística, ha conducido a la formación de islas, caracterizadas por un relativo desarrollo industrial y urbano, desperdigadas entre grandes áreas rurales. En la medida en que la extrema concentración de la propiedad y del ingreso frena el desarrollo de las áreas rurales y de las mismas islas industriales, no se ha pensado en nada mejor que interligar a éstas entre sí y, volviendo la espalda a las hambrientas masas campesinas, integrarlas en un sistema más o menos coherente.

Es evidente que esto impone un nuevo esquema de división internacional del trabajo que afecta no solamente a las relaciones entre los países latinoamericanos y los centros de dominación imperialista, sino también a las relaciones de aquéllos entre sí. En el primer casos, se transfieren a dichos países ciertas etapas inferiores del proceso de producción, reservándose los centros imperialistas las etapas más avanzadas (como la producción de computadoras, de conjuntos automatizados, de energía nuclear) y el control de la tecnología correspondiente. Cada avance de la in-

dustria latinoamericana afirmará, pues, con mayor fuerza su dependencia económica y tecnológica frente a los centros imperialistas. En el segundo caso, establecen niveles o jerarquías entre los países de la región, según las ramas de producción que desarrollaron o están en condiciones de desarrollar, y se niega a los demás el acceso a dichos tipos de producción, convirtiéndolos en simples mercados consumidores. Las características propias del sistema hacen que este intento de racionalizar la división del trabajo propicie la formación de centros subimperialistas asociados a la metrópoli para explotar a los pueblos vecinos. Su mejor expresión es la política llevada a cabo por el régimen militar de Castelo Branco en Brasil, y que hoy trata de imitar el gobierno argentino.

La reorganización de los sistemas de producción latinoamericanos, en el marco de la integración imperialista y frente al ascenso de las luchas de clase en la región, ha llevado a la implantación de regímenes militares, de corte esencialmente tecnocrático. Su tarea es doble: por un lado, promover los ajustes estructurales necesarios a la puesta en marcha del nuevo orden económico que la integración imperialista requiere; por otro lado reprimir tanto las aspiraciones de progreso material como los movimientos de reformulación política engendrados por la acción de las masas. Reproduciendo a escala mundial la cooperación antagónica llevada a cabo en el interior del país, dichos regímenes establecen una relación de estrecha dependencia con su centro hegemónico, Estados Unidos, al mismo tiempo que chocan continuamente con éste en su deseo de sacar mayores ventajas del proceso de reorganización en el que se encuentran empeñados.

Tomada en su perspectiva histórica más amplia, una América latina integrada al imperialismo no es más viable que la supervivencia del sistema imperialista mismo. La superexplotación del trabajo en que se funda el imperialismo y bajo cuyo signo se pretende integrar a los países de la región, establece una arritmia entre la evolución de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que no deja de prever sino el derrocamiento del sis-



tema en su conjunto, con todo lo que él representa en explotación, destrucción y degradación. Por otra parte, la lucha mundial de los pueblos contra el imperialismo, a la cual se integró victoriosamente América latina por medio de la Revolución Cubana, no depende exclusivamente de lo que quieran y hagan los pueblos de este continente, sino que influye sobre éstos a través de sucesos tan importantes como la guerra de liberación del pueblo vietnamita, la revolución cultural china, la agudización de las luchas de clase en el interior mismo de Estados Unidos.

Sin embargo, parece evidente que mientras más avance el proceso de integración imperialista de los sistemas de producción en América latina y más efectiva sea la represión que aquí se realice contra los movimientos revolucionarios, más condiciones tendrá el imperialismo para prolongar su existencia a contracorriente de la historia. Inversamente, la generalización de la revolución latinoamericana tiende a retirar los soportes principales que lo apoyan y su victoria representará para él el golpe de muerte. Esta es la responsabilidad histórica de los pueblos latinoamericanos y frente a ella no hay otra actitud posible que la práctica revolucionaria.

## VI

En lo que se refiere a la revolución latinoamericana se debe hacer notar que, al igual que al ingresar en la etapa de integración imperialista, el capitalismo internacional indujo la formación de un campo de fuerzas antagónicas, representado por los países socialistas, así también la integración imperialista de los sistemas de producción en América latina está forjando su propia negación. Ella se ha manifestado ya en el triunfo del socialismo en Cuba y sigue desarrollándose a través de las luchas de clase que tienen lugar en toda la región y que alcanza su forma más alta con la actividad guerrillera llevada a cabo en Venezuela, Guatemala, Colombia y otros países. El avance incontenible de las masas explotadas se orienta inevitablemente hacia la sustitución del actual sistema de producción por otro que permita la

plena expansión de las fuerzas productivas y que redunde en una elevación efectiva de los niveles de trabajo y de consumo: es decir, el sistema socialista.

En lo fundamental, dos son las tendencias principales que animan hoy al movimiento revolucionario latinoamericano y cuya realización plantea un reto a cuantos se interesen por su victoria. La primera tiene que ver con el establecimiento de una relación más efectiva entre las clases explotadas y sus vanguardias políticas, de las cuales muchas se han lanzado ya a la empresa suprema de la lucha armada. La segunda se refiere a las relaciones que deben establecerse entre esas clases, en el marco más amplio del contexto internacional.

El proceso de industrialización en América latina, por las características que asumió, ha tenido como principal efecto intensificar la explotación de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo. Así, en la medida en que la industria dependió siempre del excedente engendrado en el sector externo de la economía y quiso siempre absorber parcelas crecientes del mismo, las clases beneficiadas por la exportación buscaron compensar la pérdida que eso representaba para ellas a través del aumento de la plusvalía absoluta arrancada a las masas del campo. Esto fue más fácil ya que, por la extrema concentración de la propiedad de la tierra, los trabajadores del campo se vieron privados de las oportunidades mínimas de empleo y tuvieron que ofrecer en el mercado su fuerza de trabajo a un precio vil.

Un fenómeno similar se produjo en las ciudades. Desorganizando la antigua producción artesanal, principal fuente de empleos para las masas urbanas, y beneficiándose de las fuertes migraciones hacia la ciudad de trabajadores que la arcaica estructura agraria no absorbía, los capitalistas industriales se han encontrado con una oferta de mano de obra en constante expansión. El hecho de que, buscando incrementar su plusvalía relativa, hayan echado mano de una tecnología ahorrativa de mano de obra importada de los países centrales, acentuó aún más el crecimiento relativo de la oferta de trabajo el cual chocó con la



reducción sistemática de las oportunidades de empleo en la industria.

La consecuencia principal de esta situación fue que, desmintiendo a los que insisten en ver en la clase obrera latinoamericana un sector privilegiado de la población, la explotación de los trabajadores urbanos se mantuvo siempre en el límite de lo soportable. En la mejor de las hipótesis (correspondiente a la fase de la política bonapartista) no les fue posible sino defender su nivel de vida, sin lograr empero avances efectivos y contentarse con la extensión horizontal del empleo que permitía, mediante el trabajo de un mayor número de miembros, aumentar el ingreso global de las familias proletarias. El progreso tecnológico en la región se expresó pues en un incremento simultáneo de las plusvalías absoluta y relativa de las empresas beneficiadas por él, y fue la premisa de la acumulación de capital que permitió a la burguesía marchar hacia la creación de una industria pesada.

El rasgo más dramático de esta situación fue, sin embargo, el crecimiento espantoso de las poblaciones marginales urbanas, aglomeradas en las villas-miseria, en las favelas, en las barriadas. Sin una posición definida en el sistema de producción, ya que vive de trabajos ocasionales, ese subproletario —que llega a superar en ciertas ciudades la tercera parte de la población total— no ha podido siquiera sumarse a la reivindicación básica del proletariado industrial (la extensión horizontal del empleo, o mejor dicho del derecho al trabajo) y se limitó en la mayor parte de los casos a reivindicaciones de consumo. Se ha convertido, así, en la masa de maniobra por excelencia de la demagogia política y, por su imposibilidad objetiva de desenvolver una conciencia de clase, representó uno de los soportes fundamentales del populismo.

Las ilusiones populistas y nacionalistas, sembradas por la burguesía, encontraron también eco en las clases medias. Enfrentándose ellas mismas a la dificultad para ubicarse dentro del sistema de producción, sus reivindicaciones tendieron, en el mejor de los casos, a coincidir con las reivindicaciones de trabajo del

proletariado industrial, más, nada representaron en el sentido de fundar esa aspiración en el análisis científico de las condiciones que la motivaban, es decir, de la tendencia inevitable del sistema de expulsar de las actividades productivas a masas crecientes de la población. Más que esto: la clase media, participando objetivamente del proceso de marginalización que afectaba al subproletariado, coincidió muchas veces con éste en sus reivindicaciones de consumo y confundió inclusive el movimiento propio del subproletariado con la lucha de clase de los trabajadores industriales con lo que se constituyó ella misma en otro soporte fundamental del populismo.

La diferenciación que el avance de la industrialización ocasionaba en el interior de la clase burguesa trajo aún más complejidades a las clases medias. La concentración de las unidades de producción, el desarrollo de la industria pesada, la elevación del nivel tecnológico de la industria, la asociación con el capital extranjero —que constituían aspectos de un solo proceso— fueron percibidos por ellas como realidades independientes, que se podían combatir o defender por separado. En la medida en que ello implicó la conformación de capas burguesas que se beneficiaban de manera desigual de dicho proceso, las clases medias tendieron a aliarse a las capas menos favorecidas y a desenvolver una acción política contradictoria, que no se salió nunca del marco de los conflictos interburgueses.

Así fue como nació el mito de una burguesía nacional opuesta a los intereses del imperialismo, o más precisamente, cómo se encontró la justificación para adoptar esa categoría, forjada en contextos históricos distintos. Asumiendo el punto de vista de las empresas más atrasadas, económica y tecnológicamente, que no podían siquiera plantearse la posibilidad de asociarse a los capitales extranjeros, y que se enfrentaban ellas mismas a la amenaza de la proletarianización, las clases medias maniobraron en el sentido de supeditarles —a ellas, que representaban el sector más rezagado de la sociedad— el movimiento progresista de las clases explotadas de la ciudad y del campo. Al mismo tiempo, di-



chas clases se dejaban seducir por el "desarrollismo" de los grandes grupos económicos, en su marcha hacia una mayor tecnificación y hacia la implantación de una industria pesada, en asociación con el capital extranjero, sin darse cuenta que así contradecían los intereses de su pretendida "burguesía nacional" para quien ese camino estaba cerrado.

Ahora bien, las vanguardias revolucionarias de América latina traen, por lo general, el sello de las clases medias. La incompreensión, pues, que éstas revelaron frente al proceso económico de sus países y a la lucha de clases que con base a ese proceso se desarrolló, ha dificultado considerablemente la vinculación efectiva de esas vanguardias con las fuerzas reales de la revolución, principalmente con lo que constituye su columna vertebral: el proletariado industrial. Su posición ambivalente en relación a los conflictos interburgueses no le ha permitido, con raras excepciones, aliarse al proletariado y definir con él una política obrera, de lucha por el socialismo, que eche a andar un frente de los trabajadores de la ciudad y del campo contra el sistema de explotación al que están sometidos.

Sin embargo, sólo esto puede dar pleno sentido a la lucha antimperialista y llevarla a sus últimas consecuencias. Al definirse en el marco nacional una política obrera, las fuerzas revolucionarias estarán poniendo en marcha un proceso que conduce necesariamente a la internacionalización de la revolución y al enfrentamiento directo con el centro hegemónico imperialista. Sus opresores nacionales y extranjeros se previenen ya contra esa eventualidad, tratando de poner en pie mecanismos de contención, tales como los regímenes militares supeditados a la estrategia del Pentágono, la Fuerza Interamericana de Policía, los acuerdos para repetir cuando fuere necesario la experiencia dominicana.

La acción internacionalista de un Guevara, la política revolucionaria de Cuba, anticipan ya la respuesta que darán los pueblos del continente a sus opresores. Y, más aún, logran que se perfile en el horizonte lo que parece ser la contribución más ori-

ginal de Latinoamérica a la lucha del proletariado mundial: su carácter internacional. Todo indica que será aquí que el internacionalismo proletario alcanzará una nueva etapa de su desarrollo y sentará las bases de una sociedad mundial de naciones libres de la explotación del hombre por el hombre.



## SOBRE LA JUVENTUD Y LA REVOLUCION

El sistema capitalista se aproxima a una profunda crisis. La guerra de Vietnam, la desintegración interna en los Estados Unidos y la corrida del oro no son sino sus manifestaciones preliminares.

También en el mundo socialista el período de estabilidad de postguerra se acerca a su fin, al tiempo que las contradicciones internas van saliendo a la superficie.

Y la juventud, aquella que tiene un interés idealista —en el correcto sentido— en el futuro, aquella que expresa una filosofía altruista orientada hacia el bien para todos sus semejantes, está tomando la iniciativa en el desafío a las instituciones burocráticas de ambas sociedades, la capitalista y la socialista.

Puede esperarse que en ciertas épocas y lugares haya agitación juvenil. Pero ¿cómo explicar la actual rebelión mundial? Aun admitiendo que una revuelta estudiantil en Berkeley pueda provocar otra en Columbia, o incluso en París, Berlín o México, la enorme difusión del actual movimiento estudiantil no puede explicarse por el mero contagio.

El período de estabilidad relativa del sistema capitalista que se inicia después de la segunda guerra mundial está llegando a su fin. En un lapso de seis meses la libra, el dólar y el franco, las tres principales divisas, se vieron sometidas a un intenso bombardeo. Y si bien los banqueros internacionales pueden ser lo suficientemente hábiles como para remendar una rasgadura en la fachada y mediante los Derechos Especiales de Giro conjurar el *ersatz* del oro y reacondicionar el sistema monetario, no pue-

den reestructurar la máquina sino componer sus piezas más débiles y gastadas. No hay regla que diga que una crisis económica tenga que ajustarse al modelo clásico del crac seguido por la depresión. Por cierto que ni la actual crisis económica de Gran Bretaña ni la que amenaza a Francia muestran parecido alguno con los modelos precedentes. La perturbación económica en los Estados Unidos es probable que tienda a asemejarse a la que ya es visible en Gran Bretaña.

La guerra de Vietnam ilumina todos los problemas con una luz tan potente que ya las propuestas de remiendo y compostura quedan expuestas en lo que realmente son. No es extraño que los estudiantes y los activistas negros hayan dado el primer paso necesario hacia la revolución con el reconocimiento de que la clase dirigente ya no puede dirigir, o sea, ya no puede resolver los problemas de la sociedad.

Berkeley fue el campo de pruebas para los activistas estudiantiles. Aquí se elaboraron las tácticas conducentes a conquistar aliados y para plantear, junto con estos aliados, las consignas capaces de movilizar a grandes cantidades de estudiantes.

La aplicación más exitosa de las lecciones aprendidas en las luchas de Berkeley se dio en Columbia. Dos fueron los temas que unieron a los estudiantes y los enfrentaron con la estructura institucional: el avance de la universidad sobre la comunidad negra circundante, simbolizado en la construcción del gimnasio de Morningside Park, y la dedicación universitaria al problema de la guerra, a través de su participación en el Instituto de Análisis de Defensa.

La principal razón de que los estudiantes radicales lograran tanto éxito en la conquista del apoyo de sus compañeros es que, con la enorme expansión de postguerra, los gobiernos se han tornado impersonales, abiertamente autoritarios y casi totalmente divorciados de los objetivos y aspiraciones de los cuerpos estudiantiles. Es por lo tanto relativamente fácil para los estudiantes proyectar su actual experiencia educativa con autoridad sobre la sociedad en general. Comprueban que están siendo prepara-



dos, como los oradores se lo recuerdan *ad nauseam* en los actos de entrega de diplomas, para asumir el papel de "líderes" en una sociedad que ahora empiezan a rechazar. Si se conforman, si se someten al aprendizaje durante algunos años, pueden reunir méritos para ocupar puestos en apoyo del statu quo, en la perpetuación de un orden de abundancia publicitado masivamente, mientras viven confortablemente en suburbios estériles, de casas en dos niveles, con aire acondicionado.

Es así como los jóvenes han agregado escenas nuevas al libreto político. No sólo rechazan los partidos burgueses en un intento por radicalizar a sus compañeros; rechazan también a los partidos radicales establecidos, que se han conformado a trabajar dentro del marco burgués. Para los estudiantes, los viejos partidos radicales han malogrado su derecho a la consideración porque, en los hechos, han abandonado la lucha por el socialismo al negarse a reconocer que "el deber de un revolucionario es hacer la revolución", con el corolario de que, en una situación no revolucionaria como la de los Estados Unidos en la actualidad, su deber es prepararse para la revolución.

En Francia la situación fue muy distinta. Una vez que las camarillas radicales hubieron sepultado sus fútiles diferencias ideológicas y se unieron bajo un programa de acción común, los estudiantes se vieron enfrentados no sólo con las autoridades académicas sino con el propio régimen. Casi de la noche a la mañana el desafío fue adoptado por los trabajadores y un sector considerable del campesinado. Con una fuerza numérica de diez millones, los trabajadores rechazaron las concesiones materiales que los líderes de los partidos radicales habían obtenido de los capitalistas, y elevaron su voz exigiendo el fin de la Quinta República. Los líderes de los partidos de izquierda, ahora seriamente alarmados, urgieron a los trabajadores a aceptar las concesiones, evacuar las fábricas y confiar en las prometidas elecciones burguesas —en las cuales, desde luego, De Gaulle obtuvo una victoria arrolladora.

La experiencia francesa enseña dos lecciones: primera, que

los países capitalistas avanzados no son inmunes a situaciones revolucionarias o prerrevolucionarias, y segunda, que un movimiento espontáneo, si bien puede hacer estallar una revolución, es incapaz de desarrollarla. Para llevarla adelante se necesita una dirección organizada. Los partidos radicales franceses, lejos de conducir la lucha, marcharon a la rastra de los trabajadores y trataron de sofocar la revuelta, temerosos de que De Gaulle precipitara la guerra civil llamando a las tropas. ¡Evidentemente consideraron que el balance de fuerzas era desfavorable, que los diez millones de trabajadores, más el campesinado, más los segmentos de la clase media representados por los estudiantes, eran insuficientes para oponerse a un ejército reclutado principalmente dentro de esas mismas clases!

En el mundo socialista, la revuelta de los jóvenes es contra la burocracia dominante. La lucha en la Unión Soviética y en Europa oriental es por una "sociedad más abierta", por el establecimiento de ciertos derechos burgueses. Sin embargo la construcción del socialismo, la transformación de las condiciones materiales de existencia, crea las condiciones pero no garantiza la transformación de la naturaleza propia del hombre. El hombre, por ser a la vez un individuo y una entidad social, refleja las tendencias y fuerzas, incompatibles y decisivas, que corresponden a su naturaleza dual. Bajo el capitalismo, como bajo los anteriores sistemas de explotación, ha dominado el aspecto egoísta e individualista de la naturaleza humana. Centurias de un acondicionamiento de esta especie no pueden ser superadas sin una prolongada lucha. La burocracia bajo el socialismo puede por algún tiempo controlar o confinar estos impulsos egoístas; puede incluso dominarlos bajo la forma de incentivos materiales o autónomos dirigidos a la creación de una economía socialista, pero tales expedientes nunca producirán el comunismo.

Mao Tse-tung asumió la conducción de la revuelta estudiantil en Pekín para atacar a la vez los controles burocráticos y sus objetivos materiales concomitantes. Simultáneamente, Mao intenta, en la erección de una economía socialista, asentar el do-



minio del aspecto social de la naturaleza humana, demostrando en la misma lucha vital que el pleno desarrollo del individuo sólo puede lograrse a través de la consagración altruista al progreso de la sociedad en su conjunto.

La Revolución Cultural de Mao en China ha encontrado dura resistencia de parte de la burocracia establecida, ha abierto oportunidades para la irrupción de los enemigos de clase y ha conducido a aberraciones por parte de los propios Guardias Rojos. Los capitalistas ven con júbilo la confusión que la revolución juvenil está produciendo en China, al tiempo que temen el saludable entusiasmo que ella ha suscitado. *Pravda*, por el otro lado, ve con alarma la posibilidad de que el Partido Comunista Chino sea destruido como burocracia dominante. En rigor está siendo destruido y reemplazado por una alianza tripartita de las nuevas fuerzas revolucionarias, los cuadros del Ejército Rojo y aquel sector de la burocracia que puede ser ganado para la transformación de la sociedad por la nueva "revolución permanente".

Mis conclusiones son éstas: 1) que el período postbélico de estabilización y consolidación tanto en el mundo capitalista como en el socialismo se acerca a su fin; 2) que los conflictos y contradicciones que estuvieron madurando en ambos mundos van saliendo ahora a la superficie, y 3) que la revuelta global de la juventud es a la vez heraldo de futuras luchas revolucionarias y elemento precipitador de estas mismas luchas.

John H. Reynolds

St. Augustine, Florida, septiembre de 1968.

## NOVEDADES EXCLUSIVAS

### RECIENTE RECIBIDAS

París, la Revolución de Mayo — CARLOS FUENTES — Ilustrado	Eº 10,50
Lima la horrible — SEBASTIAN SALAZAR BONDY — Ilustrado	25,00
El porvenir de Africa — JACK WODDIS	25,00
Otra vez Corea — WILFRED G. BURCHETT	27,00
Habla Vietnam del Norte — WILFRED G. BURCHETT — Ilustrado	28,00
Sociología de una revolución — FRANTZ FANON	33,00
Así fue la defensa de Madrid — GRAL. VICENTE ROJO — Il. mapas	35,00
Las ideas estéticas de Marx — ADOLFO SANCHEZ VASQUEZ	35,00
El socialismo en la era nuclear — JOHN EATON	35,50
Tieras vivas — RENE DUMONT	37,50
Sociología de la Nueva Africa — JEAN ZIEGLER	40,00
Las brigadas internacionales en España — LUIGI LONGO — Ilustrado	40,00
El problema racial en Norteamérica — CHARLES E. SILBERMAN	42,00
Trotsky, el profeta desarmado (2º tomo de trilogía) — I. DEUTSCHER	60,00
Tres poemas escondidos — GIORGOS SEFERIS	17,00
Anedotario — ALFONSO REYES	23,00
Autobiografía precoz — EVGUENI EVTUSHENKO	25,00
Los primeros mexicanos — FERNANDO BENITEZ	30,00
La rebelión de los cristeros — NICOLAS LARIN	33,00
En la tierra mágica del peyote — FERNANDO BENITEZ — Ilustrado	35,00
El oficio de escritor — ENTREVISTAS A 18 DESTACADOS ESCRITORES	42,00
Bajo el volcán — MALCOLM LOWRY	50,00

Y MUCHO MAS EN

LIBRERIA  ...POR SUPUESTO

HAGA SUS RESERVAS CON TIEMPO

Pedidos a Mac-Iver 267 — Fono: 393932 — SANTIAGO



MONTHLY REVIEW  
SELECCIONES EN CASTELLANO

ESTA A LA VENTA EN:

**MONTEVIDEO. URUGUAY**

NATIVA LIBROS  
Avda. Uruguay 1783

**SAO PAULO. BRASIL**

LIVRAIRIAS EDITORAS REUNIDAS LER  
Praça da República 71

**COCHABAMBA. BOLIVIA**

LOS AMIGOS DEL LIBRO  
Calle Perú, esquina España

**LIMA. PERU**

LIBRERIA JUAN MEJIA BACA  
Azángaro 722

**CARACAS. VENEZUELA**

LIBRERIA PSIQUE  
Escuela de Psicología  
CIUDAD UNIVERSITARIA

**IBAGUE. COLOMBIA**

LIBRERIA UNIVERSITARIA  
Apartado Aéreo 1013

**MEDELLIN. COLOMBIA**

LIBRERIA AGUIRRE  
Calle 53 N° 49-123

**CALI. COLOMBIA**

LIBRERIA NACIONAL  
Carrera 5 a N° 11-50

**PARIS. FRANCIA**

EDICIONES HISPANOAMERICANAS  
26 Rue Monsieur Le Prince

(De la contratapa anterior)

“SOCIALISMO EN CUBA”, nos han dado autorización para publicar anticipadamente un capítulo en MR, lo que haremos posiblemente en nuestro número de Agosto.

Con el número de Mayo, la edición norteamericana de MONTHLY REVIEW cumple los 20 años de su publicación. No habrá un número especial pero el editorial del mes estará dedicado al acontecimiento. Por nuestra parte podemos anunciar a los lectores que el próximo número de las Selecciones estará principalmente dedicado a la polémica entre el profesor Charles Bettelheim y Paul Sweezy sobre *La transición entre el capitalismo y el socialismo*, tema que acapara la atención de los marxistas de todas las tendencias.

Continuando con el esfuerzo por publicar en las Selecciones en Castellano materiales de importancia teórica y práctica para América latina, hemos solicitado y obtenido la autorización de los editores para publicar en este número el trabajo de Ruy Mauro Marini sobre *Subdesarrollo y Revolución*, que si bien ya había sido publicado por la revista “Tricontinental” en La Habana, ha tenido muy poca difusión en el resto de los países. Como el tema es de extraordinario interés y la revista ha publicado varios artículos sobre la misma materia, el Centro de Documentación e Información Socialista, CENDIS, está preparando un seminario sobre Subdesarrollo y Dependencia, pensando que MR pueda publicar la totalidad o parte de los trabajos que allí se presenten. Los lectores que se interesen por participar o colaborar en esta actividad pueden dirigirse o escribir a la secretaría de la revista, la que los mantendrá informados de los avances de esta iniciativa.



# LIBROS DE MR PRESS

En ediciones económicas

## MONOPOLY CAPITAL

Por Paul Baran y Paul Sweezy

Precios:

US\$ 3,95 o E° 40.—

## THE ALIENATION OF MODERN MAN

Por Fritz Pappenheim

Precios:

US\$ 2,45 o E° 25.—

## THEORY OF ECONOMICS DYNAMICS

Por Michal Kalecki

Precios:

US\$ 2,95 o E° 30.—

## CAPITALISM YESTERDAY AND TODAY

Por Maurice Dobb

Precios:

US\$ 1.— o E° 10.—

## MARX AND MODERN ECONOMICS

Editado por David Horowitz

Precios:

US\$ 3,45 o E° 35.—

Enviar orden con el pago incluido a Editorial MR. Casilla 5437  
Santiago - Chile. Los libros serán enviados directamente  
como impresos certificados.

Los suscriptores de MR, tienen 20% de descuento.

Ejemplar: E° 4.—